



— Quisiera ver á Aïssa y hablarla.
— Si entro en la Ciudad la vereis
y la hablareis.

EL BASTARDO

DE

MALAGA.

NOVELA

escrita en frances

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

POR D. S. C.

TOMO V.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,

Calle del Marques,

N.º 10 y 12.

R. 21. 416

Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.

EL BASTARDO

de Mauleon.

CAPITULO I.

De la plática que tuvieron Agenor y Musaron caminando por la sierra de Aracena.

Dijimos que Mauleon y su escudero se habian puesto en camino, segun los deseos del nuevo Rey de Castilla, con una hermosísima claridad de luna.

Nada abria tanto el corazon de Musaron á la alegría, como el sonido indiscreto de algunos escudos balan-

ceándose en los insondables abismos de su inmensa bolsa de cuero. Y aquel día, no era el choque de un encuentro fortuito lo que alegraba al digno escudero, sino el sonido sonoro, intenso, de unas cien monedas gruesas almacenadas y revueltas en un saco. Así también era grande y sonora en proporción la alegría del buen escudero.

La carretera de Burgos á Segovia, abierta ya en aquella época, era bastante buena; pero á causa de su mismo tránsito y facilidad, creyó Mauleon que no sería prudente seguirla rigurosamente. Internóse, pues, como buen bearnés en la sierra, siguiendo las undulaciones pintorescas de la vertiente occidental, que se prolonga florida, pedregosa y llena de musgo como una onda natural desde Coimbra á Tudela.

Desde el principio del viage, Musaron que había contado con el auxilio de sus escudos para caminar á

su manera , experimentó un gran disgusto, pues si en las ciudades y en las llanuras los pueblos habian visto destruidas sus riquezas bajo la doble presion de don Pedro y de don Enrique, que no debia suceder en las montañas cuyos habitantes jamás habian tenido recursos en abundancia? Así es que reducidos nuestros viageros á la leche de las ovejas , al vino comun cosechado en el pais , al pan de centeno y de maiz , pronto echaron de menos , con especialidad Musaron , los peligros de la llanura, peligros interpolados de delicias , del cabrito asado , de la olla podrida y del buen vino rancio.

Musaron fué el primero que empezó á quejarse amargamente de no tener enemigos que combatir.

Agenor que pensaba en otras cosas , le dejó quejarse sin responderle palabra ; mas al fin , habiéndole sacado de sus profundas meditaciones, el buen escudero con sus tremendas

y continuas baladronadas, tuvo la desgracia de sonreirse.

Esta sonrisa, en la cual no podía menos de advertirse cierto síntoma de incredulidad, desagradó mucho á Musaron.

— Yo no creo señor, le dijo, arrugando los labios para darse cierto aire de descontento, aun que esta expresion insólita en su fisonomía se aviniese mal con la buena pasta habitual de su figura; yo no creo que mi señor haya puesto jamás en duda mi valentia, pues en mas de una ocasion ha tenido motivo para conocerla.

Agenor hizo una señal de asentimiento.

— Sí señor, en mas de una ocasion. ¿Tendré que hacer mencion de aquel moro, á quien tan á mi sabor deje acribillado en los fosos de Medina Sidouia? Eh? O del otro degollado por mi mano en la misma cámara de la nfort unada Reyna doña Blanca? Res-

ponded, señor? Destreza y valor, lo digo con toda modestia, añadió, serán mi divisa si alguna vez llego á elevarme al rango de caballero.

—Todo eso es la pura verdad, mi querido Musaron, contestó Agenor; pero sepamos á dónde piensas ir á parar con esos largos discursos y con ese fruncimiento de cejas.

—Señor! repuso Musaron, reanimado algun tanto por la entonacion simpática que habia notado en la voz de su amo, con qué no os enojais?

—Contigo raras veces me enojo, mi buen Musaron, con mis pensamientos, nunca.

—Gracias, señor! Pero cuando uno piensa que no hay por estos lugares el menor viajero sospechoso, á quien pudieramos quitar á punta de lanza un buen trozo de carne asada ó alguna bota de esos soberbios vinos que se cojen allá abajo á orillas de la mar!... Esto me fastidia sobera-

namente , señor.

—Oh ! ya te comprendo, Musaron: tienes hambre y el estómago es quien te grita: adelante.

—Nada de eso , señor: pero reparad en aquel camino tan hermoso, que se ve allá abajo ! ¡ Y qué vayamos nosotros hechos unos vagamundos por estas perdurables cuevas y quebradas , cuando siguiendo esa vereda podríamos llegar á aquel llano en que se divisa una iglesia ! Miradla , señor , allí al lado de aquel humo ó vapor que se eleva en el aire ! Y qué, nada dice esa iglesia á un caballero piadoso , á un buen cristiano ? Oh ! qué hermosos vapores ! me parece que desde aquí los huelo !

—Musaron, respondió Agenor, tantas ó mas gauas tengo que tu de cambiar de régimen y andar en compañía de hombres ; pero no debo esponer mi persona á precauciones inútiles. Bastantes peligros serios é inevitables me aguardan en el cumplimien-

to de mi mision. Estas montañas , son áridas , desiertas , pero seguras.

— Eh ! señor , continuó Musaron , quien al parecer estaba decidido á no rendirse sin defenderse ; hacedme el favor de bajar conmigo nada mas que hasta la mitad de la cuesta ; allí me aguardará vuestra merced , y yo en dos saltos llegaré á esa aldea á hacerme de algunas provisiones que nos hagan soportar con paciencia nuestro camino. Antes de dos horas estoy de vuelta. Ninguna señal quedará de esta mi expedicion , porque la noche la ocultará y mañana ya estaremos lejos de aquí.

— Querido Musaron , repuso Agenor , escuchad bien lo que voy á decir.

El escudero se dispuso á escuchar , moviendo la cabeza , como dando á entender de antemano que lo que iba á decirle su amo no entraba en sus ideas.

— No permitire que nos separemos.

de nuestro camino, continuó Agenor, mientras no estemos en Segovia. En Segovia, señor sibarita, hallareis cuanto podais apetecer: buena mesa y escogida sociedad. En Segovia, en fin, se-reis tratado como el escudero de un embajador, pero hasta entonces marchemos directamente, si gustais. Por otra parte ¿no es Segovia la ciudad que se divisa á lo lejos á traves de la niebla, y del centro de la cual se eleva un hermoso campanario, y una cúpula resplandeciente? Mañana por la tarde llegaremos á ella; y por tampoco no vale la pena que nos separemos de nuestro camino.

— Obedecré á vuestra merced, repuso Musaron con voz doliente; es mi deber, y el cumplir con él es mi primera obligacion, pero si me atreviese á haceros una reflexion en interés de vuestra merced...

Agenor miró á Musaron, quien contestó á su mirada con un movimiento de cabeza que queria decir:

sostengo lo que he dicho.

— Vamos! habla, dijo el jóven.

— Es que, se apresuró á responder Musaron, hay en mi pais, y por consecuencia en el vuestro, un proverbio que aconseja al campanero que ensaye tocar las campanas pequeñas antes de las grandes.

— Y qué significa ese proverbio?

— Significa, señor, que antes de entrar en Segovia, es decir en la gran ciudad, sería muy prudente tomar leguas en la aldea; es muy probable que allí adquiramos alguna noticia respecto al estado de los negocios públicos. Ah! si vuestra merced supiese los buenos presagios que saco yo de la ida á esa aldea.

Agenor era hombre de cordura y de sensatez; de modo que aunque poca mella le habiau hecho las primeras razones de Musaron, no sucedió así con la última; además reflexionó que á Musaron se le habia ya puesto en la cabeza llegar á la aldea, y que dis-

traerlo de esta idea , era descomponer la máquina de su carácter , lo cual le exponia á sufrir durante una jornada á lo menos , lo mas odiosa que puede haber en la tierra , es decir el mal humor de un criado , tempestad mas inevitable y mas negra, que cuantos pueden figurarse.

— Pues bien ! sea como lo quieres, dijo; consiento que vayas á ver lo que pasa en la aldea vecina , pero vuelve pronto.

Como desde el principio de la discusion , Musaron estaba casi seguro de que el resultado seria conforme á sus deseos , recibió la licencia de su amo sin manifestar una alegría immoderada , y partió al trote de su caballo, siguiendo los recodos de aquel pequeño sendero que hacia tiempo devoraba con los ojos.

Agenor , por su parte , escogió para aguardar á su escudero un lindo anfiteatro formado por los peñascos rodeado de álamos , y tapizado su

centro con ese musgo fino que solo se halla en las montañas, y donde se ven todas esas flores preciosas que solo se abren al borde de los precipicios; un arroyuelo, transparente como un espejo, se detenía por un momento en una especie de ensenada natural, de la que se escapaba para correr por entre las piedras produciendo un dulce murmurio. Agenor bebió en él, y quitándose su casco se tendió sobre el musgo á la sombra de una verde encina.

En breve, y á semejanza de los antiguos caballeros de los romances y leyendas, se abandonó nuestro joven á sus dulces pensamientos de amor, que lo absorbieron tan profundamente, que sin él notarlo, pasó la distraccion al éxtasis, y del éxtasis al sueño.

A la edad de Agenor no se duerme sin soñar; de modo que no bien se habó dormido soñó que habia llegado á Segovia, y que el Rey don

Pedro lo habia cargado de cadenas y metido en un estrecho calabozo, en el cual se le habia aparecido la hermosa Aïssa; mas apenas aquella dulce vision acababa de iluminar la oscuridad de su encierro, se habia presentado Mothril para ahuyentar la imágen consoladora de cuyas resultas se habia empeñado una terrible lucha entre el moro y él: en medio de ella, y cuando ya iba á sucumbir, oyó Agenor el galope de un caballo, que le anunciaba la llegada de un socorro inesperado.

El ruido de este galope fue tan poderoso en su sueño, que cautivó enteramente los sentidos de Agenor, quien se despertó á los primeros acantos del caballero que venia en su auxilio gritando:

—Señor, señor!

Abrió Agenor los ojos y vió á Musaron delante de él.

No dejaba de ser curiosa, por lo demas, la aparicion del digno escu-

dero, montado sobre su caballo, cuyos movimientos dirigia con las piernas, porque tenia los brazos y manos estendidas adelante, como si estuviese jugando á la gallina ciega: provenia esto, de que traia colgado de un brazo una bota, y del otro un paño atado por las puntas lleno de racimos de pasas y de lenguas ahumadas, mientras que en las dos manos presentaba como un par de pistolas, un ganso azado y un pan que hubiera bastado para comer seis hombres.

— Señor ! señor ! gritaba como hemos dicho, gran noticia!

— Qué sucede ? exclamó el caballero poniéndose el casco y empuñando la espada, como si tras de Musaron viniese un ejército de enemigos.

— Oh ! cuando yo decia á vuesa merced que estaba inspirado ! continuó Musaron ; vaya ! cuando pienso que si no es por mi terquedad pa-

samos adelante.

—Vamos, si acabas de decirme, que es lo que hay, charlatan maldito? esclamó Agenor con impaciencia.

—Qué es lo que hay!... pues es poco! que Dios ha hecho que vaya yo á la aldea.

—Pero qué has sabido en ella? par diez! habla.

—He sabido que el Rey don Pedro.. el ex-Rey don Pedro, queria decir....

—Bien! qué?....

—Pues, señor; he sabido que no está en Segovia.

—De verdad! esclamó Agenor con muestras de disgusto.

—Si señor, me lo ha dicho el alcalde, que volvió ayer de una excursion que con los notables del pueblo ha hecho para cumplimentar á don Pedro que atravesó ante ayer la llanura viniendo de Segovia.

—Pero á donde se dirigia?

— A Soria.

— Con su corte?

— Sí.

— Y , con Mothril ? preguntó Agenor vacilando.

— Indudablemente.

— Y , balbució el jóven , es regular que con Mothril fuese...

— Su litera ? y tanto ; no la pierde de vista sino cuando duerme. Por lo demas demasiado bien guardada está ahora.

— Qué quieres decir ?

— Que el Rey no la deja.

— A la litera ?

— Justamente ; la escolta á caballo , y al lado de ella recibió la diputacion del pueblo.

— ¡ Pues bien , mi querido Musaron , vamos á Soria , dijo Mauleon con una sonrisa que disimulaba mal un principio de inquietud.

— Vamos , monseñor , vamos ; pero ya no es cosa de seguir el mismo camino. Ahora casi estamos de

espaldas á Soria. He tomado informes en el lugar, atravesamos la montaña á la izquierda, y entramos en un desfiladero paralelo á la llanura: este desfiladero nos economizará el paso de dos rios y once leguas de camino.

— Sea asi. Convengo en aceptarte por guia; pero piensa en la responsabilidad que contraes, mi pobre Musaron.

— Pues pensando en esa misma responsabilidad, os diré, señor, que debiéramos quedarnos á dormir en esa aldea. Ya veis que la noche se viene encima, y que se hace sentir el frio; dentro de una hora de marcha, no nos veremos siquiera los dedos.

— Pues aprovechemos esa hora, Musaron; y puesto que tan bien informado estás, enseñame el camino.

— Pero, y vuestra comida señor? exclamó el escudero, tentando el último esfuerzo.

—Nuestra comida se verificará cuando encontremos un albergue conveniente. Vamos, anda Musaron en marcha.

Musaron no replicó: habia advertido en las palabras de Agenor cierta entonacion particular que conocia perfectamente. Cuando esta entonacion de voz acompañaba á una orden cualquiera, nada tenia que replicar.

El escudero, por un esfuerzo de combinaciones mas sábias las unas que las otras, se bajó á tener el estribo á su señor, sin desprenderse de ninguno de los fardos con que llevaba cargados sus brazos, y volviendo á montar de nuevo con un equilibrio admirable, pasó á vanguardia y se internó con aire resuelto en aquella garganta de montañas, que debia economizarles el paso de dos rios y un trozo de camino de once leguas.

CAPITULO II.

De como encontró Musaron con una gruta, y de lo que habia en ella.

Segun Musaron habia dicho, los últimos rayos del sol pudieron servir de guia á los caminantes, por espacio de una hora, pero desde el punto en que el reflejo de su pálida llama, abandonó el último pico de la sierra, la noche comenzó á llegar con una rapidez tanto mas espantosa, cuanto que durante aquella última ho-

ra de día, Musaron y su señor, habian podido notar cuán escarpado era, y por consiguiente cuán peligroso el camino que llevaban.

Así no bien habiau pasado un cuarto de hora de marcha en medio de aquella oscuridad, Musaron se detuvo de improviso.

—Oh! señor Agenor, dijo, el camino cada vez es peor, ó por mejor decir, ya no hay camino ninguno. De seguro no salimos vivos de aquí, si vuesa señoría se empeña en seguir mas adelante.

—Diablo! exclamó Agenor, ya sabes que no soy muy descontentadizo: sin embargo, la posada me parece un tanto campestre. Veamos si podemos ir algo mas allá.

—Imposible! estamos en una especie de meseta que domina el precipicio por todas partes. Parémonos aquí, señor, ó hagamos siquiera un pequeño alto: vos debéis conocer que por la práctica que tengo en esto de

andar montañas os podré buscar algún sitio donde pasar la noche.

— Ves por ahí todavía alguna gran humareda ? preguntóle Agenor , sonriéndose.

— No , pero estoy husmeando una magnífica gruta con cortinas de yedra y paredes de musgo.

— Sí , de la que tendremos que ahuyentar á toda una legion de buhos , lagartos y serpientes.

— A fé mia , señor , que esa no será culpa de vuestro escudero. A la hora en que estamos y en lugar donde nos encontramos , no me dan gran cuidado los animales que vuelan ó se arrastran por el suelo , sino los que andan ; además de que vos no sois bastante supersticioso para tener miedo á los buhos y yo no creo que los lagartos y culebras tengan que morder mucho á vuestras piernas de hierro.

— Ea , pues , detengámonos aquí , dijo Agenor.

Musaron echó pie á tierra y ató á una piedra la brida de su caballo , mientras que su señor sin apearse de su caballo aguardaba impávido , semejante á la estatua ecuestre del valor y de la serenidad.

Entretanto el escudero , con ese instinto cuya buena voluntad decupla el poder , se puso á explorar por todas las cercanias.

Apenas habia transcurrido un cuarto de hora , cuando volvió con la espada desenvainada y el aire de un verdadero conquistador.

— Por aquí, señor, dijo , por aquí, venid á ver nuestro alcázar.

— ¿ Qué diablos tienes ? preguntó el caballero: me parece que vienes algo mojado.

— Lo que tengo , señor , es que me he batido contra un bosque de enredaderas que querian hacerme prisionero , pero con el auxilio de mi brazo y de mi espada he conseguido abrirme paso: entonces todas las

hojas húmedas con el rocío, han
florado sobre mi cabeza: al mismo
tiempo salió una docena de murcié-
lagos, y la plaza cayó en mi poder.
Figuraos, señor, una magnífica ga-
lería, cuyo pavimento es de finísima
y menuda arena.

— Oh ! ciertamente eso es bueno,
dijo Mauleon siguiendo á su escude-
ro, pero dudando al mismo tiempo
no poco de tan bellas palabras.

Agenor hacia mal en dudar: ape-
nas habia dado unos cien pasos por
una cuesta bastante pendiente, cuan-
do en un punto donde el cami-
no parecia interceptado por un mu-
ro, comenzó á sentir bajo sus pies
una cama de hojas frescas y una ta-
la de ramage corto, resultado de la
carnecería hecha por Musaron, mien-
tras tanto pasaban invisibles, y dán-
dose solo á conocer por el aire que
daba al rostro del caballero y el vue-
lo silencioso sus alas, los grandes
murciélagos, impacientes por vol-

ver á tomar posesion de su morada.

—Oh ! exclamó Agenor , esta es la cueva del encantador Maugis !

—Descubierta por mí , señor , y por mí antes que por ningun otro. Apuesto cualquier cosa que ningun hombre ha tenido la idea de poner aquí los pies: estas enredaderas datan del principio del mundo.

—Muy bien , dijo Agenor riéndose , pero si esa gruta ha sido hasta hoy desconocida de los hombres.....

—¡ Oh , yo respondo de ello !

—¿ Podrás decir otro tanto de los lobos ?

—¡ Oh , oh ! exclamó Musaron.

—¿ O de algunos osos , de raza montés como los que abundan en nuestros Pirineos.

—¡ Diablo !

—¿ O de esos gatos salvages que se abalanzan á la garganta de los caminantes dormidos para chuparles la sangre ?

—¿Sabeis, señor, lo que fuera bueno haer?: que uno de los dos velase, mientras el otro dormia.

—Eso será muy prudente.

—Con que decidme, ¿no teneis mas que objetar contra la cueva del mago Maugis?

—Nada absolutamente, al contrario la encuentro asaz agradable.

—Pues bien; entremos, dijo Musaron.

—Entremos, repitió Agenor.

Y entrambos se apearon del caballo y entraron con precaucion, tentando el caballero con la punta de la lanza y el escudero con la punta de su espada. Despues de haber andado como unos veinte pasos encontraron un muro sólido é impenetrable, que parecia formado por la misma roca sin cavidad aparente ni escondrijo para los animales dañinos.

Esta caverna estaba dividida en dos partes. Entrábase primemera-

mente en una especie de pórtico, y en seguida se penetraba en la segunda escavacion, que despues de una puerta franca volvia á tomar toda su altura.

Era indudablemente una de esas grutas que en los primeros tiempos del cristianismo fueron habitadas por algunos piadosos anacoretas que buscaban el camino del retiro para que les llevase al cielo en derechura.

—Loado sea Dios! dijo Musaron, nuestro dormitorio es un sitio seguro.

—En ese caso, haz entrar los caballos á la cuadra, y pon la mesa que ya tengo hambre, dijo Agenor.

Musaron hizo entrar en efecto á los dos caballos en el lugar que su señor habia llamado cuadra, y que venia á ser el pórtico de la gruta.

Libre ya de este cuidado pasó á los preparativos mas importantes de la comida.

—Qué es lo que dices? preguntó-

le Agenor , al oírle refunfuñar á la vez que ejecutaba sus órdenes.

—Digo , señor , que soy un solemne majadero ; que me he olvidado de traer un cerillo con que alumbrarnos: afortunadamentè podemos encender fuego.

—Y piensas encenderle ? preguntó Agenor.

—Señor , el fuego espanta los animales feroces ; este es un axioma cuya verdad he podido reconocer en mas de una ocasion.

—Sí , pero atrae los hombres , y en el momento presente te confieso que temo mas el ataque de alguna partida inglesa ó árabe , que el de una manada de lobos.

—Pardiez ! exclamó Muzaron ; muy triste es sin embargo , haber de engullirse tan buenos bocados sin tener el gusto de verlos.

—Bah ! dijo Mauleon ; estómago hambriento no tiene oídos , pero en cambio tiene ojos.

Musaron, siempre dócil, cuando sabian persuadirle ó cuando se hacia lo que él deseaba, reconoció esta vez la fuerza de las razones de su señor, y se puso á preparar la comida á la puerta de la segunda caverna, á fin de que pudiese penetrar hasta ellos algun pequeño reflejo de la poca claridad de fuera.

Principiaron, pues, su comida tan pronto como los caballos obtuvieron permiso de meter la cabeza en el saco de avena que Musaron llevaba siempre á la grupa.

Agenor, hombre jóven y vigoroso engulló las provisiones con tal energía que de seguro haria salir los colores al rostro á los enamorados de nuestro siglo: al mismo tiempo oíase el acompañamiento entusiasta de Musaron, el cual bajo el pretesto de que no se veia, mascaba los huesos y la carne á la vez.

—De repente, y aunque continuaba el acento por parte de Agenor, ce-

só el acompañamiento por parte de Musaron.

— ¡Y bien ! ¿ qué hay ? preguntó el caballero

— Señor , habia creido oír... repuso Musaron , pero sin duda me engañaba... no es nada.

Y se puso á comer de nuevo.

Pero no tardó en volver á interrumpir su tarea , y como volvía la espalda á la puerta , Agenor pudo observar su inmovilidad.

— Qué es esto ! exclamó Agenor , estás loco ?

— No , así como no estoy sordo ! Bien os he dicho que algo oía...

— Bah ! Tú sueñas , repuso el jóven: será algun murciélago perdido que rastrea por las paredes.

— Y bien ! dijo Musaron , bajando la voz de tal suerte que apenas le entendía su mismo señor: no solo oigo , sino que veo.

— Ves ?

— Sí señor: y si quereis volveros

un poco hácia aquí, tambien vos vereis.

La invitacion era tan positiva que Agenor se volvió inmediatamente.

Con efecto, en medio del fondo oscuro de la cueva centelleaba una línea luminosa: una luz producida por una llama cualquiera penetraba en la caverna al través de una grieta de la roca.

El fenómeno era por lo demas bastante á asustar á cualquiera que no lo mirase con un poco de reflexion.

—Si nosotros no tenemos luz, dijo Musaron, la tienen ellos.

—¿ Quiénes son ellos ?

—¡ Caramba ! nuestros vecinos.

—¿ Con que crees que tu gruta solitaria se ha vuelto habitada ?

—Yo solo os he respondido de esta en que estamos ; pero no de la gruta vecina.

—Veamos si te esplicas.

—Nosotros estamos en la cumbre de una montaña, poco mas ó poco menos, ¿comprendéis? toda montaña tiene dos vertientes.

—Muy bien.

—No perdais el hilo de mi racionio, señor: esta caverna tiene dos entradas: un accidente cualquiera ha producido la separacion mal hecha que vemos. Nosotros hemos penetrado en la gruta por la entrada occidental ó por la oriental...

—Pero, acaba de explicarte, quienes son esos?

—No lo sé; pero vamos á verlo. Ya veo, señor, que teniais razon en no querer que encendiese fuego; y esto me prueba que vuesa señoría es tan valiente como entendido. Mas veamos...

—Sí, veamos! repitió Agenor.

Y ambos se adelantaron no sin cierta conmocion por las profundidades del subterráneo.

Musaron iba delante, de consi-

guiente llegó el primero, y fue también el primero en aplicar el ojo á la hendidura que dividia el peñasco.

—Mirad! dijo en voz baja, bien merece la pena.

—Agenor miró á su vez y se estremeció.

—Ham! dijo Musaron.

—Chit! dijo Agenor á su vez.

CAPITULO III.

Los Gitanos.

Lo que nuestros viajeros contemplaban sorprendidos, merecia, en efecto, llamar la atencion que ambos le concedian.

He aquí el cuadro que podia abarcar la mirada por la grieta de la piedra.

—Veíase lo primero de todo una caverna, sobre poco mas ó menos igual á la en que se encontraban nuestros viajeros, despues, en el

centro de la caverna , habia dos figuras sentadas ó mas bien acurrucadas cerca de un cofrecillo que estaba puesto sobre una piedra mas auca que él ; una de las dos figuras procuraba pegar en el ángulo de la piedra una vela encendida , que alumbrando la escena , proyectaba aquella luz que habia llamado la atención de los viajeros.

Entrambas figuras estaban vestidas muy miserablemente y cubierta las cabezas con ese espeso velo de inciertos colores que caracterizaba á las gitanas de aquella época: por esto Agenor supuso que eran de mugeres , pertenecientes á aquella nacion vagabunda , y que eran viejas á juzgar por sus maneras y gestos.

A dos pasos de ella habia una tercera figura en pie y pensativa ; pero como la vacilante luz de la vela no alumbraba su rostro , era imposible decir á que sexo pertenecia.

En el ínterin las dos primeras figuras preparaban algunos paquetes de ropa á guisa de asientos.

Todo esto era pobre, miserable, repugnante: pero el cofrecillo se avenia muy mal con toda aquella miseria, pues era de marfil incrustado en oro.

Mientras tanto entró en la gruta otra persona, que se aproximó inclinándose á una de las dos mugeres que estaban sentadas, á la que dirigió algunas palabras que ni Agenor ni Musaron pudieron oír.

La gitana escuchó con atencion, y en seguida despidió con un gesto al recievenido.

Agenor notó que este gesto respiraba á la vez nobleza y hábito del mando.

La figura que estaba en pie hizo tambien un saludo inclinándose; despues de lo cual siguió á la que habia hablado, y ambos desaparecieron en la profundidad de la gruta.

Entonces la muger del gesto imperioso se levantó á su vez y puso su pie sobre la piedra.

Veíase distintamente la accion de todas estas personas , pero no podian oirse sus palabras , que como hemos dicho se perdian en la gruta en confusos murmurios.

Las dos mugeres gitanas habian quedado solas.

—Que apostamos, señor , dijo Musaron en voz baja , que esas dos hechiceras tienen trescientos años entre las dos ? Estas gitanas viven tanto como las cornejas.

—En efecto , dijo Agenor, no parecen ser muy muchachas.

Entretanto la segunda muger , en vez de levantarse como la primera, se habia puesto de rodillas , y comenzaba á desatar el borceguí de piel de gamo que cubria su pierna hasta el tobillo.

—A fe mia , dijo Agenor , mira si quieres , que lo que es yo me retiro,

nada puede haber mas feo que el pie de una vieja.

Musaron mas curioso que su señor, se quedó mientras el caballero hacia un movimiento de retirada.

— Señor ! por mi fe os digo , exclamó Musaron , que este pie es menos feo de lo que pudiera creerse. Qué digo menos feo ! pues si es lindísimo ! Mirad , señor , mirad.

Agenor se arriesgó á ver.

— En efecto , dijo , es extraordinario ! Qué pie tan perfecto ! Oh ! digo que son extraordinarias estas razas de gitavos.

La vieja fue á mojar en una agua cristalina , que rodaba en gotas de diamante sobre un peñasco , un paño finísimo , y lavó con él el pie de su compañera.

Despues abrió el cofrecillo incrustado en oro , y sacó de él unos perfumes , con los que frotó el pie que era la admiracion , y sobretodo el asombro de ambos viajeros.

—Perfumes ! bálsamos , mirad , señor , mirad ! decia Musaron.

—Qué quiere decir esto ? murmuró Musaron viendo á la gitana sacar á lucir un segundo pie no menos blanco y delicado que el primero.

—Señor , este es el tocador de la Reyna de los gitanos; mirad , ahora van á desnudarla.

En efecto , la gitana , despues de haber lavado , secado y perfumado el segundo pie , como lo habia hecho con el primero , pasó al velo que quitó con las mayores precauciones y con una expresion indecible de respeto.

Al caer el velo , en lugar de sacar á la luz las arrugas de una centenaria , segun Musaron lo habia predicho , descubrió un semblante encantador , de ojos negros , tez sonrosada , y nariz aguileña , y los dos viajeros pudieron reconocer á una muger de veinte y seis ó veinte y ocho años , resplandeciente por el brillo

de una beldad maravillosa.

Interin los dos espectadores estaban sumidos en aquel dulce éxtasis, la gitana vieja estendió sobre el suelo de la caverna un tapiz de pelo de camello, de unos diez pies de largo; estaba compuesto de un tejido, cuyo secreto solo poseian los árabes en aquella época, y que se fabricaba con el pelo del camello que nacia muerto.

En seguida la gitana jóven, puso sus dos pies desnudos sobre aquel magnífico tapiz, mientras que su compañera despues de haberle quitado, como hemos dicho, el velo que le cubria el rostro, se disponia á quitarle el que le cubria el seno.

Mientras que este último paño permaneció en su sitio, Musaron retuvo el aliento, mas asi que cayó, no pudo contener un grito de admiracion.

A este grito, que sin duda oyeron las dos mugeres se apagó la luz, y

la mas profunda oscuridad envolvió la caverna , enagenando en sus golfos , semejantes á los del olvido, la realidad de aquella escena misteriosa.

Musaron sintió que su señor le aplicaba en la oscuridad un fuerte puntapié, que por una hábil maniobra suya ejecutada á tiempo dió contra la pared , acompañado de este enérgico apóstrofe:

—Animal !

El escudero comprendió ó creyó comprender que aquella era la orden de volver al albergue , y el castigo de su indiscrecion.

Así, pues , fue á tenderse envuelto en su capa sobre el lecho de hojas que debia á sus cuidados. Al cabo de cinco minutos y cuando estuvo cierto de que no volveria á encenderse la luz en la cueva del lado , Agenor fue á acostarse al lado de su escudero , que creyó era el momento oportuno de alcanzar que le perdonara.

se su imprudencia á fuerza de perspicacia.

—Pues, señor, no hay duda, dijo respondiéndole en voz alta á lo que Agenor se preguntaba, sin duda en voz baja: ellas siguen indudablemente por el otro lado de la montaña una senda paralela á la nuestra, y habrán encontrado sobre la opuesta vertiente una entrada paralela á la de esta caverna en que nos hallamos, y que está dividida por en medio por un peñasco, que el capricho de la naturaleza, ó el de los hombres habrá colocado donde está como un tabique gigantesco.

—Animal! repitió Agenor segunda vez.

Sin embargo como pronunció este apóstrofe con voz mas dulce, el escudero notó en ello que el mal humor de su señor iba desapareciendo.

—Ahora bien, continuó, quiénes eran esas mugeres? gitanas sin du-

da. Ah! sí; pero, y esos perfumes, esos bálsamos, esos pies tan blancos, ese semblante tan hermoso!... pues, y esa garganta tan hermosa que íbamos á ver cuando, bestia de mí!...

Y al decir esto Musaron se dió un gran bofeton en la mejilla.

Agenor no pudo contener una sonrisa, que no pasó desapercibida para Musaron.

— La Reyna de las gitanas! continuó cada vez mas satisfecho de sí mismo; sí, no hay duda, puesto que no hallo otra explicacion plausible á esa vision verdaderamente fantástico que mi estupidez ha hecho se desvanezca. Oh! qué animal soy!

Y el escudero se dió otro bofeton en la otra mejilla.

Comprendió Agenor que Musaron no menos curioso que él, estaba verdaderamente arrepentido, y recordó que el Evangelio pide la conversion

y no la tuerte del pecador.

Por otra parte, era suficiente la reparacion, desde el momento en que el escudero se calificaba á sí propio por reflexion, de la misma suerte que lo habia calificado su señor en un momento de arrebató.

—¿Qué pensais de esas dos mu-
geres, señor? se atrevió al fin á pre-
guntar Musaron.

—Pienso, dijo Agenor, que esos
vestidos miserables de que se despo-
jaba la mas jóven de las dos, sien-
tan muy mal á la brillante beldad
que solo hemos podido entrever.

Musaron exhaló un suspiro.

—Y, continuó Agenor, que toda-
via sentaban mas mal á aquellos su-
cios vestidos la redomita de bálsamos
y esencias; lo que me hace creer...

Agenor se detuvo.

—Oh! ¿qué pensais, señor? pre-
guntó Musaron; confieso que en este
caso me alegraria conocer la opinion
de un caballero tan ilustrado como

vuestra señoría.

— Lo que me hace creer, continuó Agenor, cediendo sin pensar en ello, como el cuervo, á la magia de los elogios, que son dos viageras, una de ellas rica y de calidad, que se dirigen á alguna ciudad lejana, y que han tomado ese disfraz para no tentar la avaricia de los ladrones ó la lubricidad de los soldados.

— Aguardad un poquito, señor, aguardad, repuso el escudero recordando en la conversacion un lugar que tenia costumbre de tomar; ó acaso sea mas bien una de esas mugeres como las que venden los zingaros, y de cuya hermosura cuidan como los ehalanes de los caballos que llegan á vender de feria en feria.

Decididamente tenia Musaron esta noche la iniciativa de las ideas y la palma del razonamiento. Por esto Agenor le entregó las armas, dando á entender por su silencio que se confesaba vencido.

El hecho es que Agenor, seducido como debe estarlo todo hombre de veinte y cinco años, aunque esté enamorado, á la vista de un lindo pie y de un rostro encantador, se encerraba en sí mismo, bastante descontento en el fondo de su alma; porque la opinion de su escudero podia ser exacta, y la bella misteriosa no ser otra cosa que una aventurera que corria los campos en compañía de una cuadrilla de gitanos, bailando admirablemente con sus pequeños, blancos y delicados pies el baile de los huevos y el de la cuerda.

Una sola cosa venia á combatir esta probabilidad, y eran las muestras de respeto que tributaban á la desconocida la otra muger y los dos hombres; pero el buen escudero en su argumentacion, cuya lógica apuraba al caballero, habia recordado ciertos ejemplos del respeto con que miran los titiriteros á su mono favo-

rito , ó al actor principal que gana por sí solo el alimento de todos.

Largo tiempo fluctuó el caballero en esta duda , hasta que el sueño, ese dulce compañero del cansancio, vino á quitarle la facultad de pensar , de la que abusaba hacia algunas horas.

Serian las cuatro de la madrugada cuando los primeros rayos del dia vinieron á estender un manto color de violeta sobre las paredes de la gruta: Musaron se despertó, y llamó á su señor.

Abrió Agenor los ojos , reunió sus ideas, y corrió á la hendidura del peñasco.

Pero Musaron movió la cabeza, lo que significaba que habia estado allí antes

—Nadie ! exclamó , nadie !

Efectivamente , expuesta la gruta vecina á los rayos del sol naciente, estaba asaz clara para que se pudiesen distinguir los objetos: la gru-

ta estaba desierta.

La gitana , mas madrugadora que el caballero , habia levantado el campo con su comitiva , cofrecillo , bálsamos , perfumes , todo habia desaparecido.

Musaron , siempre preocupado de las cosas positivas propuso que se desayunasen ; pero antes de desenvolver las ventajas de su proposicion , Agenor habia subido á la cumbre de la montaña , desde la cual como un ave de rapiña , que acecha su presa , podía descubrir las sinuosidades de la montaña.

Sobre una plataforma situada á unos tres cuartos de legua de la altura en que se encontraba Agenor , se podia ver , con los ojos del pájaro , cuyo lugar ocupaba , á un asno , sobre el cual iba montada una persona , mientras que otras tres caminaban á pie.

Estas cuatro personas , que á pesar de la distancia se presentaban á

la vista de Agenor , con cierta exactitud , no podian ser otras que los cuatro gitanos que ganando el camino que los dos viageros habian tomado la víspera , parecian seguir el sendero que conducia á Soria, segun lo que habian indicado á Musaron.

—Vamos , vamos , Musaron ! gritó ; á caballo. Son nuestros pájaros nocturnos ; vamos á ver si vemos de dia de qué color tienen las plumas.

Musaron que en su interior conocia que tenia muchas faltas que reparar , ensilló al punto los caballos, presentó á Agenor el suyo , y le siguió en silencio. Al punto partieron al galope.

En una media hora ambos se hallaron á trescientos pasos de los gitanos que estaban ocultos momentáneamente por un bosquecillo.

CAPITULO IV.

La Reyna de los Gitanos.

Por dos ó tres veces habian vuelto los gitanos la cara atrás, lo que probaba que si nuestros viageros los habian visto, tambien ellos habian visto á nuestros viageros: esto habia obligado á Musaron á manifestar, aunque con una timidez agena de su carácter, que luego que hubiesen pasado el bosquecillo no verian á la pequeña caravana, en atencion á que habria desaparecido por algun atajo

que solo ella conociese.

Pero Musaron estaba poco feliz en cuanto á sus suposiciones , pues en cuanto pasaron el bosque , vieron á los gitanos que seguian su camino tranquilamente al menos en la apariencia.

Al verlos de cerca , notó Agenor que se habia verificado un cambio en las disposiciones de la marcha: la muger que habia visto montada en el asno , y que no dudaba fuese la de los pies blancos y rostro encantador , iba ahora á pie confundida con sus compañeros , sin que se notase diferencia alguna ni en su trage ni en sus modales.

—Ah! gritó Agenor , hola ! buenas gentes !

Volvieron los hombres la cara , y el caballero notó que habian llevado la mano á la cintura , de la que pendian grandes cuchillos.

Musaron, siempre prudente, dijo:

—Habeis observado , señor ?

—Perfectamente , respondió Agenor.

Despues dirigiéndose á los gitauos, continuó diciéndoles:

—Oh ! oh ! nada temais ; mis disposiciones son por demas amistosas, y estoy muy satisfecho de manifestaroslo asi de paso. mas aunque asi no fuese vuestros cuchillos serian unas pobres armas ofensivas contra mi corona y mas ineficaces aun como defensivas contra mi lanza y mi espada. Hecha esta manifestacion, quereis decirme á donde vais , dueños míos ?

El uno de los dos hombres frunció las cejas , y abrió la boca para responder alguna majaderia ; pero el otro lo contuvo y respondió con muy buen modo.

—Y nos seguís acaso , señor, para que os indiquemos el camino ?

—Seguramente que sí, replico Agenor , sin cõntar con el deseo que tenemos de ir en tan honrada com-

pañía.

Musaron hizo un gesto de los mas significativos.

— Pues bien , señor , contestó el gitano cortes ; vamos á Soria.

— A la buena de Dios , dijo Agenor ; yo tambien voy á Soria.

— Desgraciadamente , replicó el gitano , vuestras señorías van mas aprisa que nosotros que caminamos á pie.

— He oido decir , respondió Mauleon , que las gentes de vuestra nacion andan mas que los caballos.

— Es posible que sea así , repuso el gitano ; pero no cuando se va en compañía de dos mugeres.

Agenor y Musaron trocaron una mirada , que acompañó el último con un gesto.

— Cierto és , dijo Agenor , y vosotros viajais con un equipaje bastante pobre. Cómo pueden soportar semejante fatiga las mugeres que os acompañan ?

—Ya están acostumbradas, caballero, y desde hace mucho tiempo, porque estas mugeres son nuestras madres; nosotros los gitanos no llegamos á conocer ni la fatiga ni el dolor.

—Ah! son vuestras madres! dijo Agenor, pobres mugeres!

Por un instante temió el caballero que la hermosa gitana, tomase otro camino, pero casi al mismo tiempo reflexionó en aquella muger que habia visto subida sobre el asno, y que no se habia desmontado hasta que él la habia visto: la cabalgadura era hulmide, pero en fin bastaba para proporcionar algun alivio á aquellos piecitos delicados y perfumados que habia visto la víspera.

Aproximóse á las mugeres, y estas doblaron el paso.

—Si quereis, dijo, puede una de vuestras madres montarse en el asno, y la otra á la grupa de mi caballo.

—El asno va cargado con nuestro equipaje, lo que le basta y sobra, dijo el gitano; y por lo que hace á vuestro caballo, señor, sin duda quiere burlarse vuesa excelencia, porque es asaz noble animal para una gitana pobre y vieja.

Mientras tanto contemplaba Agenor á las dos mugeres, y en los lindos pies de la una reconoció el calzado de piel de gamo que habia notado la víspera.

—Es ella! dijo para sí, seguro esta vez de que no se engañaba.

—Vamos, vamos, buena madre, la del velo azul, aceptad mi ofrecimiento; subid á la grupa de mi caballo; y si vuestro asno lleva demasiado peso, que diablos! acomodaremos á vuestra compañera á la grupa del caballo de mi escudero.

—Gracias, señor, respondió la gitana con una voz cuya armonía hizo desaparecer las últimas dudas que

podían quedar en el espíritu de Agenor.

—En verdad, dijo este con un acento de ironía que hizo estremecer á ambas mugeres, y llevar los cuchillos á las manos de los dos hombres, en verdad os digo que no he oído en mi vida voz tan dulce para que sea de una vieja.

—Señor!.... exclamó con voz irridada el gitano que aun no habia hablado.

—Oh! no nos incomodemos por tan poco, dijo Agenor con calma. Si por su voz caigo en la cuenta de que vuestra compañera es jóven, y á través de su velo adivino que es hermosa, qué hay en esto de que podais ofenderos hasta el punto de requerir el cuchillo?

Los dos hombres dieron un paso adelante como para proteger á su compañera.

—Deteneos! dijo la jóven con voz imperiosa.

Los dos hombres se detuvieron.

—Teneis razón, señor, continuó la gitana hablando con Agenor; soy jóven, y acaso tambien sea hermosa..... Pero en qué puede interesaros esto? me habeis de incomodar en mi viage porque tenga veinte ó veinte y cinco años menos de lo que parezco? Vamos, si sois caballero, dejadnos y seguid en paz vuestro camino.

Agenor habia quedado inmóvil al oir los acentos de aquella voz que daban á conocer á la muger superior acostumbrada á mandar. De modo que la educacion y el carácter de la desconocida estaban en armonía con su belleza.

—Señora, balbució el jóven; no os habeis equivocado; soy en efecto, caballero.

—Sea enhorabuena; pero yo no soy una señora, sino solamente una pobre gitana, menos fea acaso que las mugeres de mi raza y condicion.

Agenor hizo un gesto de incredulidad.

—Habeis visto muy á menudo á las mugeres de elevada esfera viajar á pie? preguntó la desconocida.

—Oh, no es esa una razon para que lo seais, contestó Agenor; hace un instante que íbais montada.

—Es verdad, repuso la jóven, pero al menos confesareis que mi traje no es el de una señora de calidad.

—Las señoras que decís, se disfrazan tambien algunas veces cuando están interesadas en que las reputen por mugeres del pueblo.

—Y podeis creer, dijo la gitana, que una muger de alto rango acostumbrada á la seda y al terciopelo, consienta en encerrar sus pies en este calzado?

Y enseñó su borcequí de piel de gamo.

— Cuando llega la noche, se quita el calzado, cualquiera que él sea; y

la piel delicada , fatigada por la marcha del dia , se esponja y limpia perfumándola.

Si la viajera hubiese tenido levantado el velo, Agenor hubiera visto encendérsele el rostro, y brillar sus ojos en un círculo de púrpura.

—Perfumes ! dijo mirando con inquietos ojos á su compañera , mientras que Musaron , que no habia perdido una palabra del diálogo se reia disimuladamente.

Agenor no quiso confundirla mas.

—Señora , dijo , he querido hablar del dulce perfume que se exhala de vuestra persona.

—Gracias por la lisonja , señor caballero. Pero puesto que nada mas teniais que decirme , debeis daros por satisfecho.....

—Eso quiere decir que me retire; no es así , señora?

—Eso quiere decir que he conocido en vuestro acento que sois frances , y que es peligroso el viajar con

los franceses , cuando una es una pobre muger bastante sensible á los elogios que se la prodigan.

— De modo que insistis en que me separe de vos?

— Sí , lo siento , pero insisto.

Al oír los dos criados la respuesta de su señora , se pusieron en ademán de hacerla obedecer.

— Os obedeceré , señora , dijo Agenor ; no , y podeis creerme , por el aire amenazador de vuestros dos compañeros á quienes deseara encontrar en otra compañía menos buena que la vuestra , para enseñarles á tocar tan á menudo á sus cuchillos , sino á causa del misterio de que os rodeais , y que sirve sin duda , al cumplimiento de algun proyecto que no deseo contrariar.

— No contrariais ningun proyecto , ni os arriesgais á descubrir ningun misterio , respondió la viagera : os lo juro.

— Basta , señora , dijo Agenor ; por

otra parte , añadió algo incómodo al ver el poco efecto que habia producido su gentil talante , por otra parte la lentitud de vuestra marcha me impediría llegar tan pronto como quiero á la corte del Rey don Pedro.

— Ah! pasais , acaso , á ver á don Pedro ? preguntó vivamente la jóven.

— A este paso que veis , señora , y me despido de vos deseando las mayores prosperidades á vuestra amable persona.

La jóven pareció adoptar una súbita resolucion , y se levantó el velo.

Este grosero marco hacia , si era posible , resaltar aun mas la hermosura de su rostro , y la elegancia de sus facciones ; su mirada era dulce y su boca risueña.

Agenor detuvo su caballo , que habia dado un paso adelante.

— Vamos , señor , dijo ella , bien

se ve que sois un caballero delicado y discreto, porque acaso habeis adivinado quien soy, y sin embargo no me habeis perseguido, como otro cualquiera hubiera hecho en vuestro lugar.

—Yo no he adivinado quien sois, señora, pero sí que no sois lo que pareceis.

—Pues bien! señor caballero, puesto que sois tan cortes, voy á contaros la verdad.

Al oír los dos hombres estas palabras se miraron con asombro; pero la falsa gitana, sonriéndose siempre, continuó:

—Yo soy la esposa de un oficial del Rey don Pedro; separada hace un año de mi marido, que ha seguido al príncipe á Francia, procuro reunirme á él en Soria; y como no ignorais que todos los caminos están llenos de soldados de ambos partidos, yo seria una presa importante para los del pretendiente:

por lo tanto he tomado este disfraz á fin de librarme de ellos, hasta que me una con mi marido, que entonces corre á su cargo el defenderme.

—Enhorabuena, dijo Agenor, convencido esta vez de la veracidad de la jóven. Pues bien! señora, si mi mision no exigiese la mayor celeridad, ya os hubiera ofrecido mis servicios.

—Escuchad, caballero, dijo la hermosa viagera; ahora que mutuamente sabemos quienes somos, yo marcharé tan pronto como gustéis, si me permitís me ponga bajo vuestra proteccion, y viage en vuestra compañía.

—Ah, ah! dijo Agenor, habeis mudado ya de opinion, señora?

—Sí: he reflexionado que podia encontrarme á otros tan perspicaces como vos, pero no tan corteses.

—Y como lo haremos, señora? A menos que no acepteis mi primera proposicion.

—Oh! no juzgueis á mi cabalgadura por las apariencias; por humilde que sea mi amo es de raza como vuestro caballo: ha salido de las caballerizas del Rey don Pedro y podria competir con el caballo mas corredor.

—Pero, y la gente de vuestra comitiva, señora?

—No puede vuestro escudero llevar á la grupa á mi nodriza? Los demas nos seguirán á pie.

—Mejor sería, señora que dejaseis el asno para los dos criados que se servirian de él por turno; que montase vuestra nodriza tras de mi escudero, y vos á la grupa de mi caballo; de esta suerte formaríamos una caravana respetable.

—Pues bien, sea como lo decís, caballero.

Y en efecto, la hermosa viagera

se montó á la grupa del caballo de Agenor , con la ligereza de un pájaro.

Los dos hombres montaron á la nodriza en el caballo de Musaron, lo que no le agradó mucho, á juzgar por la cara que puso.

Uno de los dos hombres montó sobre el asno, el otro se asió del ataharre , para que le sirviese de apoyo , y en esta disposicion salió nuestra caravana al trote.

CAPITULO V.

En el que se refiere como Agenor y la viagera desconocida caminaron juntos, y las cosas que se dijeron durante el camino.

Para dos jóvenes hermosos, de talento que van abrazados y que participan sobre un mismo caballo de los sobresaltos ocasionados por la desigualdad del camino, es muy difícil que pase mucho tiempo sin que se establezca entre ellos cierta especie de intimidad.

La joven fue la primera que rompió el silencio, á lo que le daba de-

recho su eualidad de muger.

— Con que no me habia equivocado , preguntó ; sois en efecto frances.

— Si señora.

— Y vais á Soria ?

— Oh ! eso no lo habeis adivinado ; os lo he dicho yo.

— Es verdad..... Y sin duda ireis á ofrecer vuestros servicios al Rey D. Pedro ?

Agenor reflexionó antes de responder categóricamente á esta pregunta ; se dijo , que aunque llevaba á aquella muger á Soria , veria al Rey ántes que ella , y que por lo tanto no tenia que temer ninguna indiscrecion ; por otra parte , tenia que decir muchas cosas antes de llegar á la verdad.

— Señora , dijo , lo que es esta vez os habeis equivocado ; no voy á ofrecer mis servicios al Rey don Pedro , atendido á que pertenezco al Rey Enrique de Trastamara , ó

mas bien al condestable Beltran Du-guescliu , y soy enviado para pre-sentar al Rey vencido proposicio-nes de paz.

—Al Rey vencido ! exclamó la jó-ven con un acento altanero , que al punto reprimió y modificó en sor-presa.

—Vencido , sin duda , respondió Agenor , puesto que su competi-dor ha sido coronado Rey en su lu-gar.

—Ah ! es cierto , dijo la jóven; de suerte que vais á llevar al Rey vencido palabras de paz!

—Que hará bien en aceptar , re-puso Agenor , porque su causa está perdida.

—Lo creéis así?

—Estoy seguro de ello.

—Y por qué?

—Porque tiene malos lados y so-bre todo malos consejeros..... es im-possible que pueda resistirse.

—Con que tiene malos lados?

— Sin duda alguna : súbditos , amigos , querida , todos lo venden , lo roban y lo impulsan al mal.

— De modo que sus súbditos?.....,

— Lo abandonan.

— Sus amigos!.....

— Lo roban.

— Y su querida?... preguntó la jóven vacilando.

— Su querida lo impulsa al mal, respondió Agenor.

La jóven frunció las cejas , y su frente se osbcureció.

— Sin duda quereis hablar de la mora ? preguntó.

— De qué mora.

— De la nueva pasion del Rey.

— Qué decís? preguntó Agenoa cuyos ojos despidieron llamas.

— Acaso no habeis oido decir, preguntó la jóven , que el Rey don Pedro está perdidamente enamorado de la hija del moro Mothril?

— De Aïssa ! exclamó el caballero.

—La conocéis! preguntó la joven.

—Sí, mucho.

—Entonces, cómo ignorais que el perro descreído está á punto de arrojarla en brazos del Rey?

—Deteneos! exclamó el caballero volviéndose á su compañera pálido como la muerte; no habéis así de Aïssa, si no quereis que nuestra amistad muera antes de haber nacido.

—Pero ¿cómo quereis que hable de otra suerte si lo que digo es verdad? Esa mora es ó va ser la querida pública del Rey, puesto que él la acompaña á todas partes, va siempre al lado de su litera, y la da serenatas y fiestas.

—Sabeis eso? dijo Agenor temblando porque recordaba la relacion que le habia hecho su escudero: será, pues, cierto ese viage de don Pedro al lado de Aïssa?

—Sé eso, y otras muchas cosas,

caballero, dijo la hermosa viagera, porque nosotros los que pertenecemos á la casa del Rey sabemos muy pronto cuanto pasa.

—Oh! señora, señora, me estais asesinando! dijo con tristeza Agenor, en quien la juventud desplegabá toda su flor, que se compone de las dos sustancias mas delicadas del alma, la credulidad para oír, la sencillez para hablar.

—Que yo os asesino! preguntó con asombro la viagera. Conoceríais, por fortuna, á esa muger? la amais, acaso?

—Oh! la amo, con frenesí, señora! dijo el caballero angustiado.

La jóven hizo un gesto de compasion.

—Pero, y ella? repuso, ¿no os ama ella?

—Ella me decia que me amaba. Oh! preciso que ese traidor Mothril se haya valido para seducirla de la fuerza ó de la magia.

—Es un gran bandido, dijo friamente la jóven, que ha hecho al Rey mucho mal. Pero qué creéis que la impulse á obrar así?

—Eso es muy sencillo, señora: desea derribar á Maria Padilla.

—Es esa vuestra opinion?

—Seguramente, señora.

—Pero, repuso la viagera, dícese que doña Maria está enamorada perdida del Rey; creéis que sufrirá que don Pedro la abandone de esa suerte?

—Doña Maria es muger, y por lo tanto un ser débil que sucumbirá como sucumbió doña Blanca; con la diferencia de que la muerte de la una fue asesinato, y la de la otra será una expiacion.

—Una expiacion... De modo que segun vos, tiene Maria Padilla alguna cosa que expiar?

—Al hablar, como lo hago, señora, soy eco de todo el mundo: este es quien lo dice, yo no.

—Es decir que opinais que nadie se condolerá de Maria Padilla como se han condolido de Blanca de Borbon !

—Justamente; aunque es muy probable que la querida haya sido tan desdichada y digna de lástima como la esposa.

—Entonces vos os condolereis de ella , no es verdad ?

—Sí señora , aunque yo acaso sea la persona que menos debiera hacerlo.

—Y por qué ? preguntó la jóven fijando en Agenor sus ojos dilatados por la sorpresa.

—Porque , se dice que fue ella la que aconsejó al Rey el asesinato de don Fadrique , y don Fadrique era mi mejor amigo.

—Seríais vos , acaso , preguntó la jóven , el caballero frances , á quien don Fadrique habia dado una cita en el jardin del alcázar de Sevilla ?

—Sí señora, y el mismo á quien el perro de don Fadrique entregó la cabeza de su amo.

—Caballero! caballero! exclamó la jóven, cojiendo la mano de Agenor, escuchad bien lo que voy á deciros: Maria Padilla jura por la salvacion de su alma que no fue ella la que aconsejó ese asesinato, sino Mothril.....

—Pero sabia que iba á cometerse, y no se opuso á ello.

—La viagera se calló.

—Basta eso para que Dios le castigue, continuó Agenor, ó por mejor decir, don Pedro la castigará. ¡Quién sabe si no la ama ya menos, á causa de haber entre los dos un lago de sangre!

—Acaso tengais razon, dijo la desconocida con voz sonora, pero paciencia! paciencia!

—Parece que odiais á Mothril, señora?

—Sí, lo odio mortalmente.

—Pues qué os ha hecho?

—Lo que á todo español; ha alejado al Rey de su pueblo.

—Rara vez profesan las mugeres por una causa política, el odio que vos teneis á Mothril.

—Es que yo tambieu tengo motivos personales de odio; hace mas de un mes que impide por cuantos medios están á su alcance que me reuna á mi esposo.

—Cómo!

—Lo que ois: ha establecido tal vigilancia en torno del Rey don Pedro que no puede llegarse hasta él, ni tampoco hasta los que le sirven de mensage, ni mensagero ninguno: esto es tan cierto, cuanto que yo misma he enviado dos emisarios á mi marido, y ninguno ha vuelto; de suerte que ignoro si podré entrar en Segovia, y acaso vos mismo.....

—Oh! yo entraré, señora: traigo el carácter de embajador.

La jóven movió la cabeza con ironía.

—Entrareis si él quiere, dijo con vez sofocada por una fuerte emoción interior.

Agenor estendió la mano y le enseñó el anillo que le habia dado Enrique de Trastámara.

—He aquí mi talisman, dijo.

Era un anillo de esmeraldas cuya piedra estaba engarzada entre dos EE entrelazadas.

—Efectivamente, dijo la jóven, puede que logreis abriros paso.

—Si yo lo consigo, vos entrareis tambien, porque formais parte de mi comitiva.

—Así, pues, me prometeis que si lograis entrar, entraré yo con vos?

—Os lo prometo, á fe de caballero?

—Pues ben! yo en cambio de ese juramento, os suplico que me digais que es lo que mas apeteceis en este

momento.

—Ah! señora, lo que yo deseo en este momento no está en vuestra mano otorgármelo.

—Sin embargo, hablad.

—Quisiera ver á Aïssa y hablarla.

—Si entro en la ciudad la vereis y la hablareis.

—Gracias! cual no sería mi agradecimiento por ese servicio!

—Y quien os dice que el que me haceis á mi no es mayor?

—Oh! vos me devolveis la vida!

—Y vos, me habreis dado algo mas que la vida, dijo la jóven con singular sonrisa.

Como al acabar de hacerse estas mutuas confesiones, y de ratificar este tratado de alianza, llegasen á la vista del pueblo donde debian detenerse la hermosa viagera saltó del caballo de Agenor, conviniendo en que al dia siguiente volverian á reunirse en el camino á distancia de una legua del pueblo, á fin de no llamar

de ningun modo la atencion, como podia muy bien suceder si entraban en él ó salian todos juntos, atendido á la estraña mescolanza que ofrecian gitanos y cristianos juntos.

CAPITULO VI.

El page.

Por mucho que madrugó el caballero al dia siguiente halló ya á los gitanos que lo estaban esperando á la distancia que se habia convenido.

— Despues de desayunarse junto á una fuente , se arreglaron de nuevo como durante la víspera, y en seguida se pusieron en marcha.

Pasó el dia en pláticas sabrosas, y en las cuales tomaron una parte activa Musaron y la nodriza , pero co-

mo nada se dijeron que pueda interesar á nuestros lectores nos abstenemos de reproducirla , bastando saber que por mas que hizo Musaron, no pudo recabar de la vieja que llevaba á la grupa que le refiriese lo que la jóven habia hablado el dia anterior con Agenor.

Por último llegaron á dar vista á Soria.

—Aunque Soria era una ciudad de segundo órden , no por eso dejaba de estar rodeada de murallas , como sucedia á casi todas las ciudades en aquella época belicosa.

—Señora , dijo Agenor , esta es la ciudad , y si creéis , como me habeis dicho excesiva la vigilancia del moro , es de suponer que no se limite á visitar las puertas de la ciudad , sino que verifique también en la llanura algunos reconocimientos. Así , pues , os invito á que tomeis desde ahora las precauciones que juzgueis oportunas.

—Pensaba en ello, en este instante, dijo la jóven mirando en torno suyo, como para tomar conocimiento del terreno; y si quereis seguir adelante despacito, con vuestro escudero, antes de un cuarto de hora habré tomado las precauciones debidas.

Agenor obedeció; bajóse la jóven del caballo, y llevándose consigo á su nodriza se internó en el espesor de un soto, mientras los dos hombres quedaban de guardia en el camino.

—Vamos, vamos, no volvais de ese modo la cabeza, señor escudero, é imitad la discrecion de vuestro amo, dijo la nodriza á Musaron, que se asemejaba á esos condenados del Dante, cuya cabeza dislocada mira atras, mientras ellos siguen adelante.

Pero á pesar de la invitacion, estaba tan exitada la curiosidad del buen escudero, que no podia lograr

el mirar á otra parte.

Es que, en efecto, habia visto á las dos mugeres desaparecer como hemos dicho en un espeso soto.

—Decididamente, señor; dijo Agenor, luego que se convenció de que sus ojos no podian penetrar el espeso y verde velo que habia envuelto á las dos mugeres; decididamente temo que nuestras compañeras sean realmente gitanas en vez de ser dos grandes señoras, como habiamos creído en un principio.

Desgraciadamente para el escudero no era esta la opinion de su señor.

—Sois un charlatan atrevido, dijo Agenor; callaos!

Musaron no replicó.

Al cabo de algunos minutos, durante los cuales apenas habrian andado medio cuarto de legua, oyeron un grito agudo y prolongado: era la nodriza que llamaba.

—Volviéronse, y vieron venir há-

cia ellos un jóven vestido á la usanza española, que hacia señas con su sombrero para que le aguardasen.

Un instante despues se reunió á los viágeros.

—Héme aquí, señor, dijo Agenor, quien con gran sorpresa reconoció á su compañero de viage; sus hombros de los cuales pendia un capotillo, parecian pertenecer á un jóven lleno de salud, su porte era atrevido y hasta su tez parecia mas morena desde que sus cabellos habian cambiado de color.

—Ya veis que he tomado mis precauciones, continuó el jóven y creo que vuestro page podrá entrar en la ciudad sin dificultad alguna.

Y con la ligereza de que ya habia dado muestras, se plantó de un salto á la grupa del caballo de Musaron.

—Y vuestra nodriza? preguntó el jóven.

—Se quedará en el pueblo inme-

diato con mis dos criados hasta que pueda traerlos á mi lado.

—Entonces todo va bien: entremos en la ciudad.

Musaron y el page precedieron á su señor, y todos tres se dirigieron en derechura hácia la puerta principal de Segovia que se veia al cabo de una alameda de viejos árboles.

Pero aun no irian á la mitad de dicha alameda cuando se vieron envueltos por una partida de moros que habian salido de la ciudad, avisados por los centinelas de las murallas de que llegaban unos viajeros.

Al punto interrogaron á Agenor sobre el objeto de su viaje.

No bien hubo declarado que su objeto era tener una entrevista con don Pedro, cuando la tropa escoltó á Agenor y á sus compañeros de viage, conduciendo á todos al oficial de la guardia de la puerta que ha-

bia sido elegido por el mismo Mothril.

—Vengo, dijo Agenor cuando le preguntaron de nuevo, de parte del condestable Beltran Duguesclin á conferenciar con vuestro príncipe.

A este nombre que en España todos conocian ya, el oficial apareció algo inquieto.

—Y quiénes son los que os acompañan? preguntó.

—Bien lo veis; mi escudero y mi page.

--Está bien; permaneced aquí, mientras pongo en conocimiento del señor Mothril vuestra petición.

—Haced lo que gustéis, dijo Agenor; pero tened entendido que ni al señor Mothril ni á nadie hablaré antes que á don Pedro; en cuanto á vos, cesad en vuestro interrogatorio del que puedo llegar á ofenderme.

El oficial se inclinó.

—Sois caballero, dijo, y por lo

tanto debeis conocer que la consigna de un gefe es inexorable: por lo tanto debo ejecutar lo que se me ha prescrito.

Y volviéndose á los suyos dijo:

—Que vayan á prevenir á S. E. el primer ministro que un extranjero solicita permiso para hablar al Rey de parte del condestable Duguesclin.

Agenor miró á su page, y le halló muy demudado y al parecer bastante inquieto. Musaron mas acostumbrado á las aventuras estaba sereno y tranquilo.

—Compañera, dijo á la jóven, van á fracasar vuestros intentos: se-reis reconocida á pesar de vuestro disfraz, y nos ahorcarán como á cómplices vuestros; mas, qué le hace, si esto le agrada á mi señor!

El desconocido se sonrió: habíale bastado un momento para recobrar toda su serenidad, lo que probaba, que no era enteramente extraño á

los peligros.

—Sentóse á algunos pasos de Agenor, muy indiferente al parecer á lo que iba á pasar.

Los viageros despues de haber atravesado dos ó tres piezas llenas de soldados, se hallaron en uno de esos cuerpos de guardia contruidos en el espesor de una torre; una sola puerta conducia á él.

Todos los ojos estaban fijos en esta puerta, por la cual de un momento á otro esperaban ver entrar á Mothril.

Agenor continuaba hablando con el oficial; el escudero enredó conversacion con algunos españoles que le hablaban del condestable y de sus amigos al servicio de Enrique de Trastamara.

El page se unió á los del gobernador de la puerta que le traian y llevaban como á un niño de quien no debian concebirse recelos.

Realmente solo vigilaban con cur-

dado á Mauleon , quien por su cortesia habia tranquilizado del todo al oficial: ademas qué podia hacer un hombre contra doscientos?

El oficial español ofreció al caballero frutas y vino: para servirlo los criados del gobernador tenian que atravesar la valla de guardias.

—Mi señor no está acostumbrado á tomar nada sino de mi mano, dijo el page.

Y acompañó á los del gobernador hasta los aposentos de éste.

Oyóse en aquel momento al centinela que llamaba á las armas, y el grito de Mothril ! Mothril ! resonó hasta el fondo del cuerpo de guardia.

Todos se levantaron.

Agenor sintió cierto estremecimiento en todo su cuerpo. Se bajó la visera , y á través del colado de hierro de ella buscó con la vista al page para tranquilizarle ; pero este no se hallaba allí.

— Y nuestra viagera ? preguntó á Musaron en voz baja.

Este contestó en francés con gran calma:

— Señor , os dá en mi nombre las gracias , porque la habeis entrado en Soria, y me encarga os diga que pronto conoceréis si está ó no agradecida al servicio que le habeis hecho.

— Cómo ! qué dices ? exclamó Agenor asombrado.

— Lo que me ha encargado al partir que os dijese.

— Al partir !

— Sí , á fe mia ! ha partido ; con menos facilidad se desliza una aguja al través de la malla que ella lo ha hecho por medio de las guardias. He visto de lejos en la oscuridad la pluma blanca de su gorra ; y como despues no he vuelto á ver nada notable, he presumido que se ha salvado.

— Dios lo quiera ! dijo Agenor ; pero silencio.

Efectivamente, oíanse en aquel momento en la pieza inmediata los pasos de muchos caballeros.

Mothril entró precipitadamente.

—¿Qué hay? preguntó el moro dirigiendo en torno suyo una mirada penetrante.

—Este caballero, dijo el oficial, enviado del señor Beltran Duguesclin, quiere hablar al Rey don Pedro.

Mothril se aproximó á Agenor, que con la visera calada se asemejaba á una estatua de hierro.

—Esto... dijo Agenor sacando su manopla y enseñando la sortija de esmeralda que le habia entregado el príncipe como señal de reconocimiento.

—Y qué es eso? le interrumpió Mothril.

—Una sortija de esmeralda, que viene de doña Leonor, madre del príncipe.

Mothril se inclinó.

—Y qué quereis ?

—Solo al Rey puedo decirlo.

—Con que deseais hablar á su Alteza ?

—Eso es lo que quiero.

—Hablais muy alto , caballero.

—Hablo en nombre de mi señor el Rey don Enrique de Trastamara.

—En ese caso aguardareis en esta fortaleza la contestacion.

—Aguardaré , pero os prevengo que no será por largo tiempo.

Mothril se sonrió con ironia.

—Enhorabuena , señor caballero, dijo , aguardad , pues.

Y saludando á Agenor se retiró, sin notar los dos rayos de fuego que brotaron de los ojos de Agenor á través del enrejado de hierro de su casco.

—Ponedles una buena guardia, dijo Mothril al oficial en voz baja , son dos prisioneros de importancia , de los cuales me respondeis.

—¿ Y qué debo hacer con ellos ?

—Mañana os lo diré; mientras tanto que no se comuniqué con nadie, ¿lo entendeis?

El oficial saludó.

—Decididamente, dijo Musaron con gran calma, creo que estamos perdidos, y que esta caja de piedra va á servirnos de féretro.

—Qué magnífica ocasion era esta de haber enviado al otro mundo á ese perro descreido! exclamó Agenor; ah! si yo no hubiese sido embajador!

—Inconveniente de las grandezas! repuso filosóficamente el escudero.

CAPITULO VII.

El ramo de azahar.

Agenor y su escudero pasaron una noche muy mala en la cárcel provisional en que estaban encerrados; nadie se habia presentado á visitarlos; pues el oficial de la torre obedecia ciegamente las órdenes de Motril.

Por lo que hace á este pensaba volver á la mañana siguiente, despues de haber pensado durante la noche la conducta que debia seguir,

y si para entonces no habia determinado nada, un segundo interrogatorio decidiria la suerte del embajador y de su escudero.

Tambien era posible que Mothril consintiese en que el enviado del condestable se presentase á don Pedro, pero solo lo haría en el caso de que por un medio cualquiera hubiese penetrado el objeto de su mision.

Al separarse Mothril de los dos prisioneros se dirigia á la plaza de toros, donde el Rey don Pedro daba á su corte el espectáculo de una corrida de toros. Este espectáculo que por lo regular se verificaba de dia, tenia lugar en aquella ocasion de noche, lo que aumentaba su magnificencia, pues la plaza estaba iluminada con tres mil hacbas de cera perfumada.

Aïssa, sentada á la derecha del Rey y rodeada de cortesanos que adoraban en ella al nuevo astro que estaba en favor, miraba sin ver y

escuchaba sin comprender lo que decían.

El Rey, sombrío y preocupado interrogaba el rostro de la jóven, para leer en él esa esperanza que le daba sin cesar la inmutable palidez de su pura frente, y la inmovilidad de sus ojos que tanto amor ocultaban bajo el velo de sus párpados. Contemplaba, decimos, semejante al corcel, contenido por el bocado del freno, y cuya impaciencia estalla en sacudimientos, cuya causa procuran averiguar en vano los espectadores.

De vez en cuando se oscurecía su frente; lo que provenia de que al contemplar las facciones heladas de la jóven pensaba en la ardiente querida que habia dejado en Sevilla; en esa Maria Padilla, que Mothril se la presentaba infiel y mudable como la fortuna, y la cual con su silencio daba ciertos visos de razon á las suposiciones de Mothril. Sentia un do-

ble tormento en la indiferencia de Aïssa y en el olvido de doña Maria.

Y al pensar en esta muger, á la cual habia tributado tanto culto y adoracion, que el vulgo atribuia á magia, exhalábase de su pecho un amargo suspiro y hacia inclinarse, como si fuese el soplo de la tempestad, las cabezas de todos los cortesanos.

En uno de estos momentos de disgusto fue cuando Mothril entró en el palco real: bástole una mirada que dirigió á la concurrencia, para conocer la disposicion de los ánimos.

Comprendió la tempestad que rugia en el corazon de don Pedro, y adivinó que la ocasionaba la frialdad de Aïssa, á la que dirigió tal mirada de odio y de amenaza que parecia querer anonadarla con ella; mas la jóven no se dió por entendida, á pesar de haberla notado.

— Ah ! has venido ya ! exclamó el Rey ; no podias llegar á peor ocasion , pues estoy fastidiado.

La entonacion con que pronunció estas palabras , se parecia mucho á un rugido.

— Traigo á V. A. nuevas noticias.

— Son de importancia ?

— V. A. puede juzgarlo , al considerar que me atrevo á incomodarle.

— Habla , pues.

El ministro se inclinó al oido del Rey.

— Trátase , dijo , de una embajada que os envian los franceses.

— Mirad , Mothril , dijo el Rey sin darse por entendido de lo que le decia el moro , mirad como Aïssa se fastidia de la corte. En verdad , creo que hariais bien en volver á enviar á esa jóven á su pais de Africa , que tanto echa de menos.

— V. A. se engaña , dijo Mothril ;

Aïssa ha nacido en Granada , y mal puede echar de menos un pais que no ha visto , y que por consiguiente no conoce.

—Entonces echa de menos ó siente alguna otra cosa ? preguntó don Pedro perdiendo el color.

—No lo creo así.

—Pues yo sí , porque cuando nada se se siente ni se echa de menos, se está de otra manera que esa jóven ; se habla , se rie , se vive á los diez y años ; en verdad, digo que, esa jóven está muerta.

—Nada es mas grave , señor, bien lo sabeis , nada mas casto ni reservado que una jóven de Oriente; porque como ya he dicho á V. A., aunque nacida en Granada , Aïssa desciende de la sangre mas pura del profeta ; Aïssa lleva en la frente la punzante corona del dolor ; y por lo tanto , no puede tener esa franca sonrisa , y esa alegre verbosidad de las mugeres de España ; no habien-

do oído jamás reír ni hablar, no puede hacer lo que las españolas, es decir enviar el eco de un ruido que no conoce.

Mordiose don Pedro los labios y frjó en Aïssa una ardiente mirada.

—No basta un día para cambiar á una muger, continuó Mothril, y las que saben conservar su dignidad, conservan también por más largo tiempo su afección: doña Maria se ofreció á vos y por eso os ha olvidado.

Al pronunciar Mothril estas palabras, cayó sobre las rodillas del Rey una rama de azahar que habiau tirado de la galería superior.

Los cortesanos clamaron contra tamaña insolencia, y algunos se inclinaron para ver de donde habia venido el ramo.

Don Pedro lo recogió, y vió que contenia un billete: Mothril hizo un movimiento para tomarlo, mas el Rey lo detuvo.

—A mí es á quien viene dirigido el billete y no á vos , dijo , y lo desdobló en seguida.

Al ver a letra lanzó una exclamacion , y desde que leyó las primeras líneas se serenó su rostro.

Mothril seguia con la mayor ansiedad los efectos que la lectura de aquella carta producía en el ánimo del Rey.

De improviso se levantó don Pedro , y los cortesanos le imitaron prontos á acompañarle.

—Quedaos , dijo don Pedro; la funcion no se ha concluido y quiero que os quedeis.

No sabiendo Mothril que pensar de este inesperado acontecimiento, dió un paso para seguir al Rey.

—Quedaos ! dijo el Rey , os lo mando.

Mothril volvió á entrar en el palco , haciendo con los cortesanos mil conjeturas sobre tan extraño acontecimiento.

Tambien hizo las mayores diligencias para descubrir el autor del billete, pero todo fue inútil; pues habia mas de cien mugeres con ramos de azahar en las manos.

De vuelta á palacio, interrogó Mothril á la jóven mora, pero Aïssa le contestó no habia visto ni notado nada.

Luego trató de penetrar en los aposentos de don Pedro pero se le negó la entrada.

El moro pasó una noche terrible: era la primera vez que un acontecimiento de alta importancia se escapaba á su sagacidad; y sin poder apoyar su temor en ninguna probabilidad, tenia el presentimiento de que su influencia acababa de recibir un rudo ataque.

Al dia siguiente don Pedro le mandó llamar, y fue introducido en los aposentos mas apartados de palacio.

Don Pedro salió de su habitacion

al encuentro del ministro, y al salir cerró la puerta con cuidado.

El Rey estaba bastante pálido, si bien se conocia que su palidez no procedia de disgusto ni pesar alguno, pues sobre sus labios vagaba una sonrisa de íntima satisfaccion, y su mirada era mas dulce y alegre que de ordinario.

Sentose, y á pesar de que movió la cabeza en ademán amistoso para saludar á Mothril, este creyó notar en su semblante una firmeza extraña á las relaciones que tenia con él.

—Mothril, le dijo el Rey, no me hablasteis ayer de una embajada que me enviaban los franceses?

—Asi fue, pero como nada me contestó V. A., creí no debia insistir.

—Si, y por otra parte, añadió don Pedro, no debiais tener mucha prisa en confesarme que habiais mandado encerrar al embajador en la

torre de la Puerta baja!

—Mothril se estremeció.

—Como sabe V. A?...

—Lo se, y es lo que importa.

¿Quiénes son esos extranjeros?

—Franceses, segun creo.

—Y por qué los habeis hecho encerrar, puesto que se dicen embajadores?

—Se dicen, esa es la palabra exacta, repuso Mothril á quien había bastado un instante para recobrar su sangre fria.

—Y vos decís todo lo contrario, no es eso?

—No precisamente, señor, porque ignoro si en efecto...

—En la duda no debisteis haberlos preso.

—Entonces, V. A. manda...

—Que vengan aquí al momento.

El moro dió unos pasos atras.

—Es imposible! dijo.

—Por Santiago! exclamó el Rey, les habria sucedido algo?

—No señor.

—Entonces reparad cuanto antes vuestra falta, porque habeis violado el derecho de gentes.

Mothril se sonrió, pues conocia de qué modo respetaba don Pedro en sus momentos de odio ese derecho de gentes que á la sazón invocaba.

—Yo no permitiré, dijo, que mi Rey se entregue sin defensa al peligro que le amenaza.

—Nada temais por mí, Mothril, dijo don Pedro dando con el pié una patada en el suelo, temed mas bien por vos!

—Nada tengo que temer, no teniendo nada que echarme en cara, dijo el moro.

—Nada teneis que echaros en caro, Mothril! apelad á vuestra memoria.

—Que quiere decir V. A.

—Nada, que al parecer os gustan poco los embajadores; así los

que vienen de la parte de Occidente, como los que me envían de la de Oriente.

Mothril empezó á concebir alguna inquietud, pues el interrogatorio que sufría tomaba un giro amenazador; pero como aun ignoraba de qué lado le venía el ataque, guardó silencio y escuchó.

El Rey continuó:

—Es la primera vez, Mothril, que prendéis á los embajadores que me envían?

—La primera, respondió el moro jugando el todo por el todo: acaso hayan venido mas de ciento, mas no he dejado pasar ni uno.

El Rey se levantó furioso.

—Señor, continuó el moro, si al apartar del lado de mi Rey á asesinos pagados por Enrique de Trastámara ó por el condestable Beltran Duguesclin, he sacrificado á algunos inocentes entre tantos culpables, aquí está mi cabeza para pa-

gar con ella las faltas de mi corazón.

El Rey volvió á sentarse y dijo:

Está bien, Mothril; y en atención á la excusa que me dais y que bien puede ser cierta, os perdono; pero tened por entendido que esto no vuelva á acontecer, y que no impidais que lleguen á mi cualquiera mensajero que me envíen, bien venga de Burgos ó de Sevilla. Por lo que hace á los franceses, yo se que en realidad son embajadores, y quiero en su consecuencia tratarlos como á tales. Así, pues, que salgan al instante de la torre, y que los conduzcan á la mejor casa de la ciudad con todos los honores debidos á su carácter: mañana los recibiré en audiencia pública en el gran salon de palacio.

Retiraos!

Mothril bajó la cabeza y salió aniquilado por la sorpresa y el espanto.

CAPITULO VII.

La Audiencia.

Mientras tenían lugar los acontecimientos que acabamos de referir, Agenor y su fiel escudero se lamentaban cada cual por su parte.

Musaron hacia notar con bastante habilidad á su señor que habia vaticinado lo que les estaba sucediendo.

Agenor contestaba que aunque hubiesen sabido lo que les habia de suceder, no por eso hubiera dejado de

correr el riesgo.

Musaron replicaba á esto que se habian visto á muchos embajadores colgados de unas horcas muy altas, pero no por eso menos desagradables.

Nada tenia que contestar á esto Mauleon.

Entregados estaban los dos prisioneros á tan lúgubres ideas, y Musaron examinaba ya las piedras del muro para ver si alguna podria descenjarse de su sitio, cuando apareció Mothril en la puerta del calabozo, seguido de algunos oficiales, que no pasaron adelante.

Por repentina que fue esta aparicion, Agenor habia tenido tiempo para calarse la visera.

—Frances, dijo Mothril, respóndeme con veracidad, si es que puedes hablar sin mentir.

—Sin duda juzgas á los demas por lo que eres capaz de hacer, dijo Agenor, que aunque consideraba no de-

bia agrabar su posicion , tampoco podia dejarse insultar por el hombre que mas odiaba en el mundo.

Que quieres decir , perro ! exclamó Mothril.

—Si me llamas perro , porque soy cristiano , entónces tu señor es tambien un perro , ¿no es verdad?

La respuesta dejó confundido al moro.

—Quién te habla de mi señor y de su religion ? dijo ; no mezcles tu nombre al suyo , ni pienses asemejársele porque adore al mismo Dios que tú.

Agenor se encogió de hombros.

—Y has venido solo para decirme esas miserias ? preguntó :

—No , tengo que hablarte de asuntos de mas importancia.

—Vamos , dí.

—Confíesame , primero , de qué medios te has valido para entrar en correspondencia con el Rey.

—Con qué Rey ? preguntó Agenor.

— Yo solo reconozco á un Rey, enviado de los rebeldes ! y ese Rey es mi señor.

— Don Pedro ! Y me preguntas como me he puesto en correspondencia con don Pedro ?

— Sí.

— No te comprendo.

— Niegas que has solicitado una audiencia del Rey ?

— No , puesto que tú mismo has sido el portador de mi peticion.

— Es cierto , pero yo no he transmitido al Rey tu peticion , y sin embargo...

— Y sin embargo qué ? preguntó Agenor.

— El Rey sabe que has llegado.

— Ah ! exclamó Agenor con una entonacion que tuvo por eco el ah ! mas acentuado aun de Musaron.

— De modo que nada quieres manifestarme ? dijo Mothril.

— Qué quieres que te diga ?

— Lo que ya te he dicho ¿ que de

qué medios te has valido para entrar en correspondencia con el Rey.

Agenor se encogió de hombros por segunda vez.

—Preguntaselo á nuestros guardias, dijo.

—Nada pienses obtener, cristiano, del Rey, si antes no tienes mi consentimiento.

—Ah! dijo Agenor, con que es decir que veré al Rey.

—Hipócrita, murmuró Mothril con rabia.

—Bueno! gritó Musaron, parece que no tendré que horadar las paredes.

—Silencio! dijo Mauleon.

En seguida volviéndose al moro, añadió:

—Puesto que veré al Rey, entonces conocerás si mis palabras tienen tan poco peso como supones.

—Confíesame cómo te has compuesto para que el Rey haya sabido tu llegada; manifiéstame con qué con-

diciones vienes á proponer la paz , y tendrás todo mi apoyo.

—Y para qué necesito tu apoyo pudiéndome pasar sin el , segun me lo prueba tu cólera ? contestó Agenor riéndose.

—Enseñame al menos tu rostro ! exclamó Mothril inquieto al oír aquella risa y al sonido de aquella voz.

—Delante del Rey me verás, puesto que le hablaré con el rostro descubierto y el corazon en la mano, como suele decirse.

De pronto Mothril se dió un golpe en la frente , y mirando en torno suyo , exclamó:

—No teniais un page ?

—Sí.

—Y qué ha sido de él ?

—Busca, inquiere, interroga; el ha cerlo asi está en tu derecho.

—Pues por eso me dirijo á tí.

—Entendámosnos : ese derecho lo tienes sobre tus oficiales , tus soldados y esclavos , pero no sobre mí.

Mothril se volvió hácia los de su comitiva.

--Este francés, dijo, traia un page; quiero saber al punto qué ha sido de él.

Siguiose un instante de silencio, mientras que se buscaba al page, y cada uno de los tres personajes aguardaban el resultado con un aspecto diferente. Mothril, agitado, se paseaba delante de la puerta como un centinela en su puesto, ó mas bien como una hiena en su jaula. Agenor; sentado, aguardaba con la inmovilidad y el silencio de una estatua de hierro. Musaron, atento á todo, permanecia silencioso como su señor, pero devoraba al moro con la vista.

La respuesta fue que el page habia desaparecido desde la vispera, y que desde entonces nadie lo habia vuelto á ver.

--Es eso verdad? preguntó Mothril á Agenor.

—Pardiez! dijo el caballero, los que tal dicen son hombres de tu creencia: ¿acaso mienten tambien los infieles?

—Pero por qué se ha fugado?

Agenor lo comprendió todo.

—Sin duda, para poner en conocimiento del Rey, que su señor estaba preso, contestó.

—Nadie puede llegar hasta el Rey, cuando Mothril no quiere, respondió el moro.

De pronto se dió una palmada en la frente, y dijo:

—Ah! el ramo de azahar! el billete!

—Decididamente el moro se ha vuelto loco, dijo Musarou.

Casi al mismo tiempo se tranquilizó Mothril, pues lo que acababa de recordar era sin duda menos terrible que lo que se habia figurado en un principio.

—Pues bien! dijo, eso ya te pasó, y te felicito por el ardid de tu

page: te se ha concedido la audiencia que has solicitado.

—Para qué día?

—Para mañana.

—Loado sea Dios! dijo Musaron.

—Pero cuidado! continuó el moro dirigiéndose al caballero, cuidado! si tu entrevista con el Rey no tiene el resultado que esperas!

—Yo nada espero, dijo Agenor; no quiero mas que desempeñar mi mision, y nada me importa lo demás.

—Quieres que te dé un consejo? dijo Mothril dando á su voz una expresion casi acariciadora.

—Gracias, dijo Agenor, nada quiero de tí.

—Por qué?

—Porque nada recibo yo de un enemigo.

—A su vez pronunció el jóven estas palabras con tal expresion de odio que el moro se estremeció.

—Está bien, dijo: adios, francés.

—Adios, infiel, dijo Agenor.

Mothril salió satisfecho de saber lo que deseaba; el Rey había sido instruido pero por una voz poco terrible. No era lo que en un principio se había figurado.

Dos horas despues de esta entrevista una guardia imponente vino á la torre por Agenor, y lo acompañó con grandes muestras de respeto, á una casa situada en la plaza de Soria, y en la que estaban preparadas para recibirle vastas habitaciones con toda la suntuosidad posible.

—Podeis conceptuaros aqui como en vuestra propia casa, señor enviado del Rey de Francia, dijo el capitán comandante de la escolta.

—Yo no soy el enviado del Rey de Francia, dijo Agenor, y no merezco ser tratado como tal: soy el enviado del condestable Beltran Duguesclin.

Pero el capitan se contentó con saludar al caballero, y se retiró.

Musaron empezó á visitarlo é inspeccionarlo todo, diciendo:

—Decididamente estamos aqui mejor que en la torre.

Mientras Musaron pasaba su revista de inspeccion, entró el gobernador del palacio, y preguntó al caballero si tenia que hacer algunos preparativos para presentarse ante el Rey.

—Ninguno, contestó Agenor; tengo mi espada, mi casco y mi coraza; es el trage mas brillante de un soldado, y yo no soy mas que un soldado enviado por su capitan.

El gobernador salió, y mandó que tocasen las trompetas.

Un instante despues trajeron á la puerta de la casa de Agenor un magnífico caballo, cubierto con una magnífica gualdrapa.

—No necesito otro caballo que el mio, dijo Agenor; me lo han to-

mado y es menester que me lo devuelvan; es todo lo que deseo.

Diez minutos despues tenia Agenor su caballo.

Una inmensa multitud poblaba el intervalo, por otra parte muy corto que separaba la casa de Agenor del palacio real. Entre las mugeres que habia en los balcones procuraba el jóven buscar con la vista á su compañera de viaje, pero viendo la inutilidad de su empeño desistió pronto de él.

Toda la nobleza fiel á don Pedro formaba un cuerpo de caballeria que estaba alineado en el patio principal del palacio; sus armaduras cubiertas de oro ofrecian un espectáculo deslumbrador.

No bien puso Agenor el pie en tierra, cuando se encontró bastante apurado, pues como los acontecimientos se habian sucedido con tanta rapidez, no habia tenido tiempo de pensar en su mision, persuadido

de que no llegaría á poderla desempeñar.

Parecía que se le habia pegado la lengua al cielo de la boca, y tampoco podia formar ninguna idea. Vagaban sus pensamientos indecisos, chocándose unos con otros como las nubes en los dias bochornosos del otoño.

Entró en el salon de audiencia como un ciego que recobra de pronto la vista bajo un ardiente rayo del sol, que ilumina para él una nube de oro, de púrpura y de mil matices diferentes.

De improvisó resonó en su oído una voz que no le era estraña por haberla oído una noche en el jardin de su casa de Burdeos, y un dia en la tienda de Caverley.

— Señor caballero, dijo esta voz, habeis deseado hablar al Rey, pues bien, estais en su presencia.

Estas palabras fijaron los ojos del caballero en el punto que debian

abrazar , y al punto reconoció á don Pedro: á su derecha estaba sentada una muger cubierta con un velo ; á su izquierda estaba Mothril en pie, y pálido como un cadáver , pues acababa de reconocer en el caballero al amante de Aïssa.

Despues de haber examinado todo este conjunto, dijo el jóven:

— Señor , jamás he creido que vuestra señoría hubiese dado la órden de prenderme.

Don Pedro se mordió los labios.

— Caballero , dijo , sois frances, y por lo tanto , quizas ignoreis que cuando se habla al Rey de España se le da el título de Alteza.

— En efecto , contestó el caballero , he hablado mal , pues sois Rey en Soria.

— Sí , en Soria , repuso don Pedro , mas esperamos que el que nos ha usurpado este título no lo sea en ninguna parte.

— Señor , dijo Agenor , afortuna-

damente no vengo á discutir tamañas cuestiones , y sí á proponeros de parte de vuestro hermano don Enrique de Trastamara , una paz honorífica y leal , paz que tanto necesitan vuestros pueblos , y con la cual no podrán menos de regocijarse vuestros corazones de hermanos.

—Señor caballero, dijo don Pedro, si es este el punto que venís á discutir, decidnos porque se me propone hoy una paz que hace ocho dias no se quiso admitir?

Agenor se inclinó.

—Alteza, dijo, yo no puedo ser juez entre vuestras poderosas personas; y no hago otra cosa que referir las palabras que me han dicho. Soy una voz que se estiende de Burgos á Soria, del corazon de un hermano al de otro.

—Ah! con qué no sabeis porque se me ofrece hoy la paz? dijo don Pedro. Pues bien! yo os lo diré.

Al oir estas palabras todo los cir-

cunstantes guardaron el mayor silencio; Agenor aprovechó aquel momento para mirar de nuevo á la muger del velo y al moro: la muger permanecia muda é inmóvil como una estatua: el moro estaba pálido y tan mudado, como si en una noche hubiese sufrido todos los dolores que puede padecer un hombre en toda la vida.

—Me ofreceis la paz en nombre de mi hermano, dijo el Rey, porque mi hermano quiere que no la acepte, como sabe que lo haré en vista de las condiciones que me impone.

—Señor, dijo Agenor, V. A. ignora todavia qué condiciones son esas.

—No tal; sé que venis á ofrecerme la mitad de la España; sé que venis á pedirme rehenes, en cuyo número deben contarse el ministro Mothril y su familia.

Mothril de pálido que estaba se puso lívido; su ardiente mirada pa-

recia querer leer hasta el fondo del corazon de don Pedro, para asegurarse si persistiria en su negativa.

Agenor se estremeció, pues con nadie habia hablado mas que con la gitana, á la que habia dicho solo algunas palabras.

—Efectivamente, dijo, V. A. está bien instruido, aunque ignoro por quien puede haberlo sido.

A este tiempo la muger que estaba sentada cerca del Rey levantó su velo bordado de oro y se lo echó á la espalda sin afectacion y con un movimiento natural.

Agenor estuvo en poco que no prorumpiese en un grito de sorpresa, pues en aquella muger acababa de reconocer á su compañera de viaje.

Subióle la sangre al rostro, y comprendió cómo habia sabido el Rey las noticias que él venia á darle.

—Señor caballero, dijo el Rey, oid bien lo que os digo, y repetidlo

á los que os han enviado : cualesquiera que sean las condiciones que se me propongan , hay una que rechazaré siempre, cual es el dividir mi reyno , atendido á que me pertenece, y á que quiero disponer de él libremente; si soy vencedor, á mi vez presentaré mis condiciones.

—Entonces, dijo Agenor, quiere V. A. la guerra.

—Yo no la quiero , la sufro , contestó don Pedro.

—Es esa la irrevocable determinacion de V. A?

—Si.

Agenor se quitó con lentitud su manopla de acero y la arroja en el espacio que lo separa del Rey , y dijo :

—En nombre de don Enrique de Trastamara , Rey de Castilla , traigo aqui la guerra.

Levantóse el Rey enmedio de un confuso murmullo y de un espantoso roce de armas.

—Habeis desempeñado fielmente vuestra mision, caballero, dijo, y toca ahora á nos cumplir con lealtad nuestro deber de Rey. Os ofrecemos por veinte y cuatro horas hospitalidad, y si asi os conviene, nuestro palacio será vuestra morada, y nuestra mesa la vuestra.

Nada contestó Agenor; saludó al Rey y de paso miró á la muger que estaba á su lado.

Miróle esta sonriéndose con dulzura; y hasta le pareció á Agenor que apoyaba su dedo sobre sus labios como para decirle: Paciencia! esperad!

CAPITULO IX.

La cita.

A pesar de aquella especie de tácita promesa, de la que por otra parte no podia Agenor darse cuenta, salió de la audiencia en un estado de ansiedad fácil de describir. Todo lo que para él era verosímil, y sin que le quedase de ello duda, era que aquella gitana desconocida con la que habia viajado con tanta familiaridad era nada menos que la célebre Maria Padilla.

La resolución de don Pedro que no habia aguardado á oír sus palabras para manifestarla, no era por cierto lo que mas le inquietaba, porque todo se reducía á que don Pedro habia sabido la víspera lo que debia ignorar hasta el otro día. Pero Agenor se acordaba tambien de haber descubierto á la gitana su mas querido é íntimo secreto: el amor de Aïssa.

¿Quién podia saber dónde se detendria el frenesí de aquella muger terrible que habia sacrificado tantas cabezas inocentes, si estaba celosa de Aïssa?

Todas estas fúnebres ideas despertadas á la vez en el espíritu de Agenor, le impidieron notar las terribles miradas que le dirigieron Mothril y otros moros nobles, á quienes la proposicion hecha en nombre de don Enrique de Trastamara habia ofendido á la vez su orgullo y sus intereses.

De lo contrario el caballero francés no hubiera tolerado todas aquellas miradas provocadoras, con la calma é impassibilidad propias á un embajador.

En el momento en que quizás iba á reparar en ellas, á contestarlas como le dictaban su arrojo y su valor, un nuevo suceso vino á distraerlo. No bien habia salido de palacio, y atravesado la valla de guardias que le rodeaban, cuando una muger envuelta en un largo velo, le tocó el brazo haciéndole una señal misteriosa para que le siguiese.

Agenor vaciló un instante: no ignoraba los lazos con que don Pedro y su vengativa querida rodeaban á sus enemigos; y la fertilidad de los medios que desenvolvian cuando se trataba de una venganza; pero en aquel momento, á pesar de que el caballero era un buen cristiano, creyó algo en esa fatalidad de los orientales que no deja al hombre su

libre alvedrio, y que le quita tambien, lo que es á veces una felicidad, la facultad de preveer y de rechazar el mal.

El caballero desechó de sí todo temor; dijose que ya habia luchado bastante, que era bueno concluir de una manera ó de otra, y que si el destino habia determinado que aquella hora fuese la última para él, seria inútil cuanto hiciese para evitarla.

Así, pues, siguió á la dueña, que atravesando el numeroso concurso allí reunido, y segura de no ser reconocida, envuelta como iba en su gran manto, se dirigió en derecha á la casa en que paraba el caballero.

Musaron le aguardaba en la puerta.

Luego que hubo entrado tocó á Agenor servir de guia á la dueña hasta la habitacion mas retirada de la casa: siguióle la dueña, y Musaron cerraba la marcha, muy segu-

ro de que iba á pasar alguna cosa nueva.

Luego que la dueña se vió á solas levantó su velo , y Agenor y su escudero reconocieron á la nodriza de la gitana.

Despues de lo que acababa de pasar en palacio , esta apariciou no asombró á Agenor , pero Musaron que estaba ignorante de todo prorumpió en un grito de sorpresa.

—Señor , dijo la dueña , doña Maria Padilla quiere conferenciar con vos , y en su consecuencia desea que paseis esta tarde á palacio. El Rey va á revistar las tropas que acaban de llegar , y mientras doña Maria estará sola : puede contar con vuestra visita ? la ireis á ver ?

—Pero , dijo Agenor , no pudiendo fingir hácia doña Maria los buenos sentimientos que no sentia , por qué desea verme esa señora ?

—Creeis , caballero , que es una gran desgracia recibir una cita de

una mujer como doña Maria? dijo la dueña con esa sonrisa complaciente de las viejas sirvientas del mediodia.

—No, dijo Agenor; pero confieso que solo me gustan las citas que me dan al aire libre, á las que siempre puede un hombre acudir con su caballo y su lanza.

—Y yo con mi ballesta, dijo Musaron.

La dueña se sonrió á estas señales de recelo.

—Ya veo, dijo, que debo desempeñar mi comision por completo.

Y al decir esto sacó de su limosnero una bolsita que contenia una carta.

Musaron á quien en tales circunstancias, correspondia siempre el papel de lector, se apoderó del papel, y leyó lo siguiente.

«Caballero: esta esquela es una prenda de seguridad que os da vuestra compañera de viage. Venid,

»pues, á verme á la hora, y en el
»sitio que os indique mi nodriza, á
»fin de que hablemos de Aïssa.»

Al oír estas palabras se estremeció Agenor, y como el nombre de la persona que se ama es la religion del amante, el de Aïssa pareció una solemne salvaguardia á Agenor, quien al punto manifestó que estaba pronto á seguir á la nodriza, donde esta quisiese llevarla.

—En este caso, dijo ella, nada es mas sencillo, y esta tarde aguardaré á vuesa señoría en la capilla del castillo. La entrada en ella se permite á solos los oficiales del Rey nuestro señor, pero á las ocho de la noche se cierran las puertas: vos entrareis á las siete y media y os ocultareis detrás del altar.

—Detrás del altar! dijo Agenor, moviendo la cabeza; no me gustan citas dadas en sitio tan sagrado.

—Oh! nada temais, dijo sencillamente la dueña; Dios no se ofende

en España por esas pequeñas profanaciones á que está acostumbrado. Por otra parte no estareis allí mucho tiempo: detrás del altar hay una puerta que se comunica con el palacio, que yo abriré, y por la que desaparecereis sin ser de nadie visto.

—Sin ser visto de nadie! Hum! hum! dijo Musaron en frances; mucho se parece esto á una emboscada, ¿qué decís, señor?

—Nada temas, replicó el caballero en la misma lengua; tenemos en nuestro poder la carta de esa muger, y aunque está firmada solamente con su nombre de pila, es por sí una garantía suficiente. Si me llegase á suceder alguna desgracia volverás con esta carta al lado del condestable y de don Enrique de Trastamara; les refirirás mi amor, mis desgracias, y el ardid de que he sido víctima, y es seguro que tomarán sobre los traidores una venganza que hará temblar á la España.

—Todo eso está muy bien; pero nada de eso impedirá que os degüellen, ni despues os devolverá la vida.

—Sí; pero y si realmente quiere doña Maria hablarme de Aïssa?

—Señor, estais enamorado, es decir loco, respondió el escudero, y un loco tiene siempre razon. Perdóname vuesa merced, pero es la verdad. Me retiro, pues, á la cita.

Y el honrado Musaron suspiró profundamente.

—Pero, repuso de pronto, quien me quita el acompañar á vuesa merced?

—El tener que dar al Rey de Castilla don Enrique de Trastamara la respuesta de don Pedro, cosa que solo tú puedes hacer, si yo muero.

Y Agenor refirió al escudero de un modo claro y sucinto la respuesta del Rey don Pedro.

—Pero al menos, dijo Musaron, no dándose por vencido, puedo vi-

gilar al rededor del palacio.

— Y para qué ?

— Para defenderos , por Santiago! exclamó el escudero , para defenderos con mi ballesta que derribará por tierra á media docena de esas caras amarillas , mientras vuestra espada derribe á otra media: al fin y al cabo será una docena de infieles menos , lo que no puede perjudicar á nuestra salvacion.

— Mi querido Musaron , dijo Agenor , hazme al contrario el placer de no presentarte. Si me matan solo los moros del Alcázar tendrán conocimiento del suceso ; pero , escucha , con la confianza de los corazones rectos , yo creo no haber insultado á esa doña Maria Padilla , y por el contrario me parece que le he hecho algun servicio , de modo que no puede quererme mal.

— Sí , pero en cambio habeis insultado suficientemente al moro , al señor Mothril. Luego , si no me en-

gaño, es gobernador del palacio, y para daros una idea de las buenas disposiciones que le animan respecto á vos, bastará recordar que queria sepultarnos en un calabozo: así, pues, convengo que no se debe temer á la favorita, pero en cambio el privado.....

Agenor era algo supersticioso, y á veces bastaba para decidirle cualquier suceso insignificante: en esta ocasion se dijo:

—Si la dueña se rie cuando yo la mire, iré.

Y volviéndose de pronto hácia la dueña la vió sonreirse.

—Volved al lado de doña Maria, dijo el caballero á la nodriza; es cosa convenida, esta tarde á las siete y media irá á la capilla.

—Bien, allí os aguardaré con la llave de la puertecita, respondió esta. Adios, señor Agenor, adios gracioso escudero.

Musaron movió la cabeza; la vieja

desapareció.

— Ahora , dijo Agenor , no te doy ninguna carta para el condestable , porque podrian prenderte y encontrártelas encima . Le dirás de palabra que se ha resuelto hacer la guerra , y que debe romper las hostilidades : con el dinero que tienes , procura viajar con cuanta ligereza te sea posible .

— Pero y vos , señor !..... porque debemos suponer que no morireis .

— Yo no necesito nada . Si me asesinan , pierdo solo una vida de fatigas y de decepciones de que estoy cansado . Si por el contrario doña Maria me protege , no me faltarán caballos y guias . Parte , Musaron , parte ahora mismo ; todos tienen fijos sus ojos en mí , y nadie repara en tí ; saben que me quedo , y esto basta . Parte ; tu caballo es bueno , y tu ánimo grande . Por lo que hace á mí pasaré lo restante del dia en oracion .

Este proyecto no dejaba de ser cuerdo, aunque arriesgado, en vista de la situación. Por lo tanto, cesó Musaron de discutir, no por cortesía hacia su señor, sino por convicción.

Musaron partió un cuarto de hora después de esta conferencia, y salió de la ciudad sin dificultad alguna. Agenor, se puso á orar, como habia dicho, y á las siete y media se dirigió hacia la capilla.

Aguardábalo la dueña; hizoles señas de que se diese prisa, y abrió la pequeña puerta llevándose consigo al caballero.

Después de atravesar varios corredores y galerías, entró Agenor en una sala baja alumbrada á medias, en torno de la cual habia una azotea cubierta de flores.

Bajo una especie de dosel estaba sentada una muger con una esclava, á la que despidió al punto que vió al caballero.

La vieja se retiró también por discreción en cuanto hubo introducido al caballero.

—Os doy las gracias por vuestra exactitud, dijo doña Maria á Mauleon. Ya sabia yo que érais no menos valiente que generoso. He querido daros las gracias despues de haberos hecho, al parecer, una perfidia.

Agenor no respondió: habiánle llamado para hablar de Aïssa y solo esto le interesaba.

—Aproximaos, dijo doña Maria. Soy tan adicta al Rey don Pedro que he defendido sus intereses aun en perjuicio de los vuestros; pero mi excusa está en mi amor, y vos que amais debeis comprenderme.

Agenor vió que Maria se aproximaba al objeto de la entrevista y sin embargo se contentó con inclinarse.

—Ahora, continuó Maria, que he concluido con mis negocios, justo es que hablemos algo de los vuestros,

señor caballero.

—De cuáles? preguntó Agenor.

—De los que mas os interesan.

Agenor á vista de aquel gesto gracioso, de aquella franca sonrisa, de aquella cordial elocuencia se sintió desarmado.

—Vamos, sentaos aquí dijo la encantadora, señalándole con la mano un asiento á su lado.

El caballero lo hizo así.

—Habeis creido que soy vuestra enemiga, dijo la jóven, y sin embargo no es así: la prueba es que estoy pronta á haceros servicios iguales á lo menos á los que me habeis prestado.

Miróla Agenor con asombro. Maria Padilla repuso:

—Sin duda, no habeis sido para mí durante el camino un buen defensor, un buen consejero indiscreto?

—Muy indiscreto, en verdad, dijo Agenor porque ignoraba absoluta-

mente á quien hablaba.

—Pero no por eso he dejado de servir al Rey, gracias á las noticias que me habeis dado, añadió Maria Padilla sonriéndose; cesad, pues, de negar que me habeis sido útil.

—Pues bien! confesaré, señora... Pero en cuanto á vos...

—No me creéis capaz de serviros? Oh! caballero, sospechais de mi reconocimiento?

Acaso tengais deseos, señora; no digo lo contrario.

—Lo deseo y puedo hacerlo. Admitid, por ejemplo, que os retengan en Soria.

Agenor se estremeció.

—Yo puedo, continuó Maria, facilitar vuestra salida de la ciudad.

—Ah! señora, dijo Agenor, al hablar así servís los intereses de don Pedro tanto como los míos; porque con ello impedís que acusen al Rey de traición

y deslealtad.

Así sucedería, respondió la jóven, si fuéseis simplemente un embajador desconocido á todos, y si hubiéseis venido á desempeñar una misión exclusivamente política que solo pudiese excitar el odio y la desconfianza en el ánimo del Rey; pero hablando francamente, no teneis algun enemigo en Soria, algun enemigo personal?

Agegor se turbó de un modo visible.

—Si fuese esto así, continuó doña Maria, no comprendéis que este enemigo sin consultar al Rey y sin tener en cuenta mas que su resentimiento privado, podia vengarse, sin que él tuviese de ello conocimiento? Esto seria muy fácil de probar á vuestros compatriotas en el caso de que fuese preciso llegar á una explicacion; porque, recordadlo bien, caballero, no tanto estais aqui por atender á los intereses de

don Enrique de Trastamara, cuanto por servir á los vuestros.

Agenor suspiró.

—Ah! creo que me habeis comprendido, dijo Maria. Pues bien! si yo apartase de vuestra cabeza el peligro que os amenaza en este encuentro?...

—Me conservaríais la vida, señora; que es lo que mas aprecian todos; pero por lo que hace á mi, dudo que mi reconocimiento iguale á vuestra generosidad.

—Por qué?

—Porque no tengo apego á la vida.

—Qué, no aprecias la vida?

—No, dijo Agenor, moviendo la cabeza.

—Teneis algun sentimiento?

—Si señora.

—Y si yo conociese ese sentimiento?

—Vos?

—Y si os mostrase la causa?

—Vos ! vos podriais decirme... hacerme ver...

Maria Padilla se dirigió hacia la cortina de seda que habia en la puerta de la azotea.

Veíase desde ella una azotea inferior, separada de la primera por grupos de naranjos, granados y madreselvas. Sobre esta azotea, en medio de las flores, y bañadas con el reflejo de oro que despedia el sol al ponerse, se mecía una muger en una hamaca de púrpura.

—Y bien ! mira ! dijo doña Maria.

—Aïssa ! exclamó Mauleon juntando las manos con éxtasis.

—Creo que es la hija de Mothril, dijo doña Maria.

— Oh ! señora, exclamó Mauleon, devorando con su mirada el espacio que lo separaba de Aïssa. Sí ! tenéis razon ; allí ! allí está la felicidad de mi vida !

—En efecto, dijo doña Maria son-

riéndose , allí está tan cerca y tan lejos !

— Os burlais de mí , señora ? dijo Mauleon con inquietud

— Libreme Dios de ello ! señor caballero. Quiero decir que doña Aïssa representa en este momento la imágen de la felicidad: muy á menudo se cree que basta extender la mano para tocarla , y sin embargo hay de por medio algun obstáculo invisible, pero insuperable.

— Ah ! lo se ; Aïssa está vigilada, guardada.

— Encerrada , señor frances , encerrada bajo fuertes rejas y cerraduras.

— Si al menos pudiese llamar su atencion ! verla ! haer que me viese.

— Seria ya eso una felicidad para vos ?

— Suprema.

— En ese caso voy á proporcionarosla. Doña Aïssa no os ha visto,

y aunque os viese , por eso sería menor su dolor, porque para los amantes es un recurso muy triste el tenderse los brazos y confiar un beso al aire. Haced algo mejor , caballero.

—Oh ! qué quereis que haga ? Hablad , señora , hablad ! Mandad ó mas bien aconsejadme.

—Veis esa puerta ? dijo doña Maria , mostrándole una salida que habia debajo de la azotea ; aquí está la llave , la mayor de las tres que estan en este anillo de hierro: no teneis que bajar mas que un piso. Un largo corredor parecido al que habeis atravesado para llegar aquí va á dar al jardin de la casa vecina , cuyos árboles se hallan al nivel de la azotea de doña Aïssa. Ah ! créo que empezais á comprenderme !

—Sí , sí , dijo Mauleon devorando las palabras á medidas que salian de la boca de doña Maria.

—Ese jardin , continuó ésta , es

tá cerrado con una reja , cuya llave vedja aquí , cerca de la primera. Una vez dentro del jardin podeis aproximaros mas á doña Aïssa , porque podeis llegar hasta el pie de la azotea , donde ella se mece en este momento ; hay el inconveniente de que no se puede escalar la pared de dicha azotea , pero al menos podreis desde allí llamar á la señora de vuestros pensamientos y hablarla.

—Gracias ! señora , gracias ! exclamó Mauleon.

—Parece que estais ya mas satisfecho , tanto mejor , dijo doña Maria, deteniéndole ; sin embargo , siempre se corre peligro de hablar á largas distancia , porque pueden oir. á uno Os digo esto , aunque Mothril está ausente: acompaña al Rey á la revista que pasa á las tropas que nos han llegado de Africa , y no volverá hasta las nueve y media ó diez , y ahora son las ocho.

—Hora y media ! Oh ! señora,

dadme pronto esa llave, os lo suplico.

—Todavía no se ha perdido ningún tiempo, dejad que desaparezca ese último resplandor que luce todavía por la parte de occidente; es negocio de un minuto ó dos. Además, quereis que os lo diga?... añadió sonriéndose.

—Hablad, señora.

—El caso es que no se cómo separar esta segunda llave de la tercera, que Mothril había dado al Rey don Pedro, y que no me ha costado poco trabajo hacerme de ella.

—Al Rey don Pedro? dijo Agenor estremeciéndose.

—Si, repuso Maria: figuraos que esta tercera llave abre la puerta que conduce á la misma azotea: se halla al pie del muro, y por ella se entra á una escalera muy cómoda que viene á parar á la misma azotea en que doña Aïssa, piensa, sin duda, en vos en este momento.

Agenor prorumpió en un grito de júbilo.

--De suerte, continuó doña Maria, que una vez cerrada esta puerta, quedais en libertad para hablar hora y media con la hija de Mothril, sin temor, de que nadie os importune; porque dado caso, que viniese alguien á sorprenderos, como esto solo puede suceder por el lado de la casa, teneis por este otro una retirada pronta y segura.

Agenor cayó de rodillas y devoró á besos la mano de su protectora.

--Señora; le dijo; pedidme mi vida el dia que juzgueis pueda seros útil, y yo os la sacrificaré gustoso.

--Gracias, conservadla para vuestra querida, señor Agenor. El sol ha desaparecido, y dentro de poco no se verá nada: solo os queda una hora. Id, y no me comprometais con Mothril.

Lanzóse Agenor por la escalera de la azotea.

— Señor frances, le gritó doña Maria, mientras Agenor se alejaba; dentro de una hora tendreis vuestro caballo á la puerta de la capilla; pero haced de modo que nada sospeche Mothril, pues en este caso nos perderiamos ambos.

— Dentro de una hora estaré de vuelta, os lo juro! respondia la voz ya lejana del caballero.

CAPITULO X.

La Entrevista.

Era en efecto, Aïssa la que estaba en la azotea inferior del palacio que comunicaba á los aposentos de su padre y á los suyos, y la que negligente y pensativa como una verdadera hija de Oriente, aspiraba la brisa de la noche, y seguia con lánguida mirada los últimos rayos del sol.

Cuando este se ocultó del todo, la vista de Aïssa se estravió por los

magníficos jardines del alcázar, buscando del otro lado de las cercas, del otro lado de los árboles, lo que había buscado mas allá del horizonte, mientras este había existido. Buscaba al objeto de su amor.

Aïssa pensaba en aquellos jardines de Burdeos, cuyas sombras protectoras habían favorecido la escena mas dulce de su vida, y como en todo lo que se detiene el espíritu humano, busca siempre una analogia triste ó alegre, pensaba al mismo tiempo en el jardin de Sevilla, en que por primera vez había visto de cerca á Agenor, le había hablado y tocado la mano, que ansiaba por estrechar de nuevo entre las suyas.

Existen abismos en la mente de los amantes: en ella se cruzan todos los extremos con la rapidez de los sueños, y la sonrisa de la jóven se convierte á veces, como la de Ofelia, en lágrimas amargas y en

sollozos despechados.

Subyugada Aïssa por sus recuerdos , se sonrió , suspiró y vertió lágrimas.

Lloraba , y ya iba quizás á pasar á los sollozos , cuando oyó pasos precipitados por la escalera de piedra.

Al punto creyó seria Mothril , que ya de vuelta , se apresuraba , como lo hacia otras veces á venir á sorprenderla en medio de sus mas dulces sueños ; como si en este hombre , ilustrado hasta la magia , hubiese una inteligencia semejante á una llama infernal que todo lo iluminase en torno suyo , sin dejar en tinieblas y sumerjido en profunda oscuridad mas que un pensamiento inmutable , profundo y poderoso.

Mas á poco le pareció que aquel paso no era el de Mothril ni sonaba por el lado que acostumbraba á venir el moro.

Entonces pensó , no sin espanto , en

el Rey; en el Rey al que habia cesado de temer del todo , y hasta olvidado, desde la llegada de doña Maria. La escalera por donde sonaban los pasos, era la misma que Mothril habia franqueado como paso secreto á su soberano.

Apresurose, pues, no á enjugar sus lágrimas , lo cual hubiera sido un disimulo muy vulgar , ageno de su altivo pensamiento , sino á ahuyentar de su mente un recuerdo demasiado dulce en presencia del enemigo que iba á presentarse ante sus ojos: si era Mothril tenia contra él su voluntad , y si don Pedro , tambien tenia un puñal para librarse de sus manos.

En seguida volvió la espalda á la puerta , como si nada bueno , ó malo , pudiese sucederle en ausencia de Agenor , y preparó su oido á escuchar la dura palabra en armonía con el siniestro paso que ya la habia hecho estremecer.

De improviso sintió en torno de su cuello brazos de hierro, que la hicieron prorumpir en un grito de cólera y de repugnancia; pero sus labios quedaron cerrados por otros labios ardientes. Entonces por la devoradora sensación que sintió en sus venas, mas bien que por lo que le decían sus ojos, reconoció á Agenor que estaba arrodillado á sus pies sobre el marmol.

Aïssa pudo apenas contener en su pecho el segundo grito de gozo que se exhaló de su boca y desahogó su corazón. Levantóse siempre enlazada á su amante, y fuerte como la jóven pantera que arrastra su presa á las malezas del Atlas, llevó, arrastró, por decirlo así, á Agenor á la escalera, que ocultó en su sombra misteriosa la alegría de los dos amantes.

El aposento de Aïssa daba al pie de esta escalera: á él se refugió la jóven siempre en brazos de su amañ-

te , y como los espesos tapices de la habitacion absorvian la luz de los cielos , y ningun rumor turbaba el profundo silencio que envolvia á los jóvenes , durante algunos instantes solo se oyeron besos devoradores , y ardientes suspiros perdidos en las largas y perfumadas trenzas de los cabellos de Aïssa que habiéndose desatado , envolvian á entrambos como con un velo.

Estraña á nuestras costumbres europeas , é ignorando el arte de aumentar los deseos con la defensa, Aïssa se habia entregado á su amante , como debió entregarse la primera muger bajo el imperio del instinto , y con el abandono é ímpetu de una felicidad que se siente ser la suprema de todas.

—Tú ! tú ! murmuraba ébria de gozo ; tú en el palacio del Rey don Pedro ! tú , devuelto á mi loco amor ! Oh ! cuan largos son los dias en tu ausencia ; siu duda el tiempo tiene

dos medidas: los minutos que te veo pasan como sombra; los días en que estas apartado de mí se me figuran siglos!

En seguida entrambas voces se perdieron de nuevo en un dulce y prolongado beso.

—Oh! con que eres mía! exclamó, al fin Agenor. Qué me importa el odio de Mothril ni el amor de don Pedro! Ahora puedo ya morir.

—Morir! dijo Aïssa, con los ojos humedecidos y trémulos, los labios, morir! Oh! no, no morirás, querida mio! Yo te salvé en Burdeos y te salvaré de nuevo aquí. En cuanto al amor del Rey, mira cuan pequeño es mi corazón que apenas levanta una parte imperceptible de mi pecho. ¿Crees tú que en este corazón, que solo palpita por tí, haya lugar ni aun para la sombra de otro amor?

—Oh! libreme Dios de pensar ni un solo instante que mi Aïssa

me olvide, dijo Agenor. Pero allí donde se estrella la persuasión, suele salir victoriosa la violencia. ¿No has oído contar la aventura de Leonor de Gimenez, á quien la brutalidad del Rey no ha dejado otro asilo que el convento?

—Leonor de Gimenez no era Aissa, Agenor; y yo te juro que no sucederá á la una lo que sucedió á la otra.

—Bien sé que te defenderias, pero al hacerlo podrias morir!

—¡Y qué! no preferirias verme muerta antes que perteneciese á otro?

—Oh! sí! sí! exclamó el jóven estrechándola contra su corazon. Oh! sí! sí! muere si es preciso, pero no seas de nadie mas que mia.

Y la envolvió de nuevo en sus brazos con uu movimiento de amor que casi se asemejaba al terror.

La noche ennegrecia ya las paredes exteriores, habia quitado dentro de la habitaciou toda forma á los

objetos : ¿ y cómo en esta oscuridad llena de palabras de amor y de ardientes suspiros cómo no abrasarse con ese fuego que devora sin alumbrar , parecida á esas terribles llamas que arden debajo de las ondas?

Durante un largo rato , el silencio de la muerte ó el del amor reinó en la estancia donde acababan de resonar dos voces y de chocarse dos corazones que palpitaban confusamente.

Agenor fue el primero en salir de tan inefable felicidad. Ciñóse su espada cuya vaina de hierro rechinó sobre el mármol.

—Qué haces ! exclamó la jóven cogiendo el brazo del caballero.

—Tu lo has dicho , respondió Agenor ; el tiempo tiene dos medidas ; minutos para la felicidad ; siglos para la desesperacion. Ay ! ya es hora de partir !

—Partir ! pero me llevarás conmigo , no es verdad ? partiremos juntos.

El jóven dió un suspiro y se desembarazó de los brazos de su querida.

—Es imposible, dijo.

—Como imposible?

—Imposible, sí. He venido aquí con el carácter de embajador que es el que me protege, y no puedo violarlo.

—Pero yo, exclamó Aïssa, yo no te abandono.

—Aïssa, dijo el joven; he venido á Soria enviado por el buen condestable y por Enrique de Trastámara que me han confiado, el uno los intereses y el honor francés, el otro los intereses del trono de Castilla; y qué dirían si viesen que en lugar de haberme ocupado de esta doble mision solo habia pensado en mi amor?

—Y quien lo ha de decir! Quién te impide no me ocultes á los ojos de todos!

—Debo volver á Burgos, y hay

tres dias de camino de aquí á allá.

—Yo soy fuerte , y estoy acostumbrada á las marchas rápidas.

—Tienes razon ; porque la marcha de los caballos árabes es rápida mas que puede serlo la nuestra. Dentro de una hora estarán en nuestro seguimiento , Aïssa , y yo no puedo volver á Burgos como un fugitivo.

—Oh ! Dios mio ! Dios míos ! separarnos otra vez ! dijo Aïssa.

—Lo que es por esta vez , al menos , te juro que nuestra separacion será corta. Déjame que desempeñe mi mision ; déjame que vuelva al campamento de don Enrique , déjame que dimita el encargo que me han dado, deja que vuelva á ser Agenor, el caballero francés que te ama , que no ama mas que á tí, que solo por tí vive , y entonces , te juro , Aïssa , que tomando un disfraz cualquiera, aunque sea el de un infiel , volveré á verte , y entonces yo seré quien te lleve á la fuerza , si tú no quie-

res acompañarme.

—No ! no ! dijo Aïssa , solo desde hoy ha comenzado mi vida ; hasta hoy no he vivido , puesto que antes no te pertenecía ; desde hoy ya no podré vivir sin tí ; no podré suspirar y llorar al aguardarte ; no , rugiria y me despedazaria en mi dolor ; desde hoy soy tú esposa ! Pues bien , mueran todos los que se opongan á que la muger siga á su esposo !

—Cómo ! y tambien nuestra protectora , Aïssa ? y tambien esa muger generosa que me ha guiado hasta tí , esa pobre Maria Padilla , sobre la cual recaeria la venganza de Mothril ?

—Oh ! siento que se me va el alma ! balbució la jóven perdiendo el color , porque una fuerza superior , la de la razon la separaba de su amante . Pero déjame que me reuna á tí ; tengo dos mulas tan veloces que dejan atrás en la carrera á los caballos mas ligeros . Tú me indicarás un

sitio donde pueda aguardarte , ó unirme á tí ; y puedes vivir tranquilo , de que no faltaré.

—Aïssa , venimos á parar al mismo objeto aunque por distinto camino ; lo que quieres es ahora imposible ! imposible !

La jóven cayó de rodillas : la activa mora estaba á los pies de Agenor , rogando , suplicando.

En este momento el friste y plañidero sonido de una guzla atravesó los aires , imitando el grito de un amigo inquieto que llama : ambos amantes se estremecieron.

—De dónde viene ese ruido ? preguntó Aïssa.

—Yo lo adivino , contestó Agenor , ven conmigo.

Ambos volvieron á la azotea.

Al punto miró Agenor á la doña Maria ; y á la sombría claridad de las estrellas , pudo distinguir á una sombra blanca echada sobre el parapeto y vuelta hácia aquel lado.

La sola duda que podia quedar era el saber si aquella sombra seria la de una muger ; pero en aquel instante volvió á vibrar la sonora cuerda en aquella direccion.

—Ella me llama , balbució Agenor , me llama , ya lo oyes.

—Venid ! venid ! gritó la voz de doña Maria , como si bajase del cielo.

—Lo oyes , Aïssa , lo oyes ? dijo Agenor.

— Oh ! yo no veo nada , no oigo nada , balbució la jóven.

Al mismo tiempo resonaron las trompetas que indicaban la vuelta de don Pedro á su palacio.

—Gran Dios ! exclamó Aïssa , transformada de repente en muger inquieta y débil ; ya vienen ; huye , Agenor , huye !

—Dime adios otra vez , exclamó Agenor.

—Adios , y ojalá no sea el último ! balbució la jóven apoyando sus

labios en los labios de su amante.

En seguida empujó al jóven hácia la escalera.

Aun no habia cesado de resonar su paso, cuando empezó á oirse el de Mothril, entrando este en la estancia de Aïssa al mismo tiempo que llegaba Agenor á la de doña Maria.

CAPITULO XI.

Los preparativos de la batalla.

Tres dias despues de los acontecimientos que acabamos de referir, Agenor, despues de haber alcanzado á Musaron, daba cuenta del resultado de su embajada á Enrique de Trastamara.

Nadie se disimulaba los peligros que Agenor habia corrido en su calidad de embajador; y asi fue que el condestable lo colmó de elogios, y

le invitó á que se uniese á los bretones mas valientes, bajo la bandera que llevaba Silvestre de Lude. Preparábanse por todas partes á la guerra: el príncipe de Gales habia obtenido el paso por las tierras del Rey de Navarra, y unídose á don Pedro con un ejército escelente.

Por su lado los aventureros ingleses, decididamente aliados de don Pedro, se proponian cambiar buenos golpes contra los bretones y gascones, sus enemigos encarnizados.

Demas está decir que en la cabeza de nuestro amigo mosen Hugo de Caverley fermentaban los planes mas temerarios y al mismo tiempo los mas lucrativos.

No andaba muy atrasado en sus preparativos belicosos Enrique de Trastamara, que unido á sus dos hermanos don Tello y don Sancho, á quienes habia confiado un mando, marchaba á pequeñas jornadas al encuentro de su otro hermano don

Pedro.

En toda España, se sentia, por decirlo así, en el aire, ese ardor febril que precede á los grandes acontecimientos. Musaron siempre previsor y filósofo exhortaba á su señor á que comiese de la mejor carne y bebiese del mejor vino, á fin de que tuviese mas fortaleza en el trance de la batalla, y saliese de ella con mas lucimiento.

Finalmente, Agenor, entregado á sí mismo, y mas enamorado que nunca por la posesion de un instante; combinaba todos los medios posibles é imposibles de aproximarse á Aïssa, y de llevársela, á fin de no tener que aguardar ese arriesgado acontecimiento de una batalla en la que entra fuerte y orgulloso y de la que se puede salir fugitivo ó moribundo.

Con este objeto, habia comprado, gracias á las liberalidades de Beltrau, dos caballos árabes, que diariamente

adiestraba Musaron á hacer largas caminatas y á soportar el hambre y la sed.

Por último, se supo que el príncipe de Gales acababa de pasar los desfiladeros y entrado en la llanura, dirigiéndose con su ejército que habia traído de la Guyena cerca de la ciudad de Victoria á poca distancia de Navarrete.

Tenia 30,000 ginetes y 40,000 infantes, fuerza igual á la que mandaba don Pedro.

Por su parte Enrique de Trastámara tenia á sus órdenes 60,000 infantes y 40,000 caballos.

Beltran, que acampaba á retaguardia con sus bretones, dejaba á los españoles que se deshiciesen á baladronadas, y que por una y otra parte cantasen ya la victoria que todavia no habian ganado.

Pero en cambio tenia sus espías que le comunicaban diariamente cuanto se hacia en el ejército de don

Pedro y tambien en el de don Enrique, y conocia ademas todos los proyectos de Caverley en el momento mismo en que los concebía la fecunda imaginacion de los aventureros.

En su consecuencia, sabia que el digno capitan, aficionado á las capturas de príncipes, que ya habia probado, se habia ofrecido al príncipe de Gales á terminar de un solo golpe la guerra.

Su plan no podia ser mas sencillo, pues era el del áve de rapiña que invisible se arroja de pronto sobre su presa, y se la lleva en sus garras, cuando mas descuidada está.

Mosen Hugo de Caverley habia pensado ponerse de acuerdo con Juan Chandos, el duque de Lancastre y una parte de la vanguardia inglesa para caer de improviso sobre el cuartel general de don Enrique, apoderarse de él y de su corte, hacer de un solo golpe veinte prisioneros, y

negociarse, por consiguiente veinte rescates, de los cuales el menor bastaria á hacer la fortuna de seis aventureros.

El príncipe de Gales habia aceptado; pues en el trato que se le proponia nada tenia que perder, y sí mucho que ganar.

Desgraciadamente, como hemos dicho, Beltran Duguesclin tenia sus espías que le contaban todo lo que se hacia en el ejército enemigo; y albergaba ademas en su pecho cierto rencor de Breton contra los ingleses en general y contra mosen Caverley en particular.

Así, pues, recomendó á sus espías, no se durmiesen ó al menos que solo lo hiciesen con un ojo; y por este medio supo hasta los menores movimientos de mosen Hugo de Caverley.

Una hora antes que el digno capitán dejase el campamento del príncipe de Gales, el condestable tomó

6,000 ginetes bretones y españoles, y envió por un camino opuesto al suyo á Agenor y al Tartemudo, de Villaines, para que se apostasen en un bosque inmediato á un desfiladero.

Cada uno de estos dos fuertes destacamentos debia ocupar la parte de bosque paralela una á la otra, y cuando los ingleses hubiesen pasado cerrarle la retirada del desfiladero.

Por su parte, Enrique de Trastámara, prevenido ya, tenia todo el ejército sobre las armas.

Caverley debia, pues, estrellarse contra una muralla de hierro, y luego cuando quisiese batirse en retirada, debia encontrarse con otra muralla no menos fuerte que la primera.

Hombres y caballos estaban emboscados á la caída de la noche. Cada ginete tendido en el suelo, tenia en la mano la brida de su caballo.

Serían las diez de la noche, cuando Caverley y todos los suyos se internaron en el desfiladero; y marchaban con tal seguridad que ni aun hicieron reconocer el bosque, lo que la noche hacia por otra parte muy difícil, cuando no imposible.

A espaldas de los ingleses, se cerraron los bretones y españoles como los eslabones de una cadena.

A eso de media noche se oyó un gran ruido: era Caverley que caía sobre el cuartel general de don Enrique, y este que lo recibía á los gritos de don Enrique y Castilla.

Entonces Beltran, teniendo á Agenor á su derecha y al Tartamudo de Vilaines á su izquierda, puso toda su tropa al galope al grito de Ntra. Sra. Guesclin!

Al mismo tiempo se encendieron grandes hogueras, que iluminando la escena presentaron á Caverley y á sus cinco ó seis mil aventureros cogidos entre dos ejércitos.

Caverley no era hombre capaz de buscar una muerte gloriosa pero inútil. Si se hubiese hallado en Crecy en lugar de Eduardo III hubiera huido; y si en Poitiers en lugar del príncipe de Gales se habría entregado prisionero.

Pero como nadie se rinde hasta el último extremo, sobre todo cuando al rendirse se corre la exposicion de ser ahorcado, metió espuelas al caballo, y desapareció por una de las aberturas laterales, como en el teatro desaparece el traidor por entre bastidores.

Todo su bagaje, una gran cantidad de oro y un cofrecillo de joyas y de pedreria, fruto de tres años de rapiña, durante los cuales habia necesitado para librarse de la cuerda, desplegar mas genio que habian desplegado jamas Alejandro, Anibel ó Cesar, cayeron en manos del bastardo de Mauleon.

Musaron que estuvo haciendo sus

cuentas, mientras se despojaba á los muertos y se encadenaba á los prisioneros se encontró que estaba al servicio de uno de los mas ricos caballeros de la cristiandad.

Este cambio era inmenso, y sin embargo, se habia verificado en menos de una hora.

Los aventureros habian sido completamente derrotados, salvándose solo doscientos ó trescientos de entre ellos.

Este triunfo inspiró tal audacia á los españoles que don Tello, hermano menor de don Enrique, queria marchar al instante y sin ninguna otra preparacion en busca del enemigo.

Deteneos un momento, señor conde, dijo Beltran, pues presumo que no ireis á marchar solo contra el enemigo, para quedar prisionero sin gloria.

—Supongo que todo el ejército marchará conmigo, respondió don

Tello.

—No tal, señor, no tal, respondió Beltran.

—Los bretones podrán quedarse si quieren, mas yo marcharé con los españoles.

—Para qué?

—Para batir á los ingleses.

—Perdonad, caballero, dijo Beltran, los ingleses han sido batidos por bretones, pero no lo serian por los españoles.

—De veras? exclamó impetuosamente don Tello, dirigiéndose al condestable, y por qué?

—Porque los bretones, contestó Beltran sin conmoveerse, son mejores soldados que los ingleses pero los ingleses son mejores soldados que los españoles.

—El jóven príncipe sintió que se le subia la sangre á la cabeza.

—Es cosa estraña, dijo, que el amo, aquí, en España, sea un frances; pero ahora mismo sabre-

mos si aquí se obedece á don Tello, ó al condestable. Vamos adelante!

— Muy bien; mas tened entendido que yo tengo 18000 bretones, y que estos no se moverán si yo no se lo mando, contestó Beltran; por lo que hace á vuestros españoles, si bien yo no soy su señor, lo es don Enrique de Trastamara; y este ha dispuesto que me obedezcan.

— Qué prudentes son estos franceses, exclamó don Tello. Qué sangre fria conservan, no solo ante el peligro, sino tambien ante las injurias. Os felicito por ello, señor condestable.

— Sí monseñor, replicó Beltran; mi sangre es fria cuando se contiene, pero cuando corre...

— Es fria, os digo! continuó el joven, y esto porque ya vais para viejo. Oh! cuando se va para viejo se empieza á tener miedo.

—Miedo! exclamó Agenor, poniéndose delante de don Tello; el que diga que el condestable tiene miedo no lo repetirá dos veces.

—Silencio! amigo, dijo el condestable; dejemos á los locos que hagan de las suyas y paciencia, paciencia.

—Respetad la sangre real! exclamó don Tello, respetadla; lo entendéis!

—Respetaos á vos mismo, si queréis que los demas os respeten, dijo de improviso una voz que hizo estremecer al jóven príncipe, porque era la de su hermano mayor, á quien habian dado parte de este sensible altercado; y sobre todo no insulteis á nuestro aliado, á nuestro héroe.

—Gracias, señor, dijo Beltrán; vuestra lengua es generosa, pues me evita la necesidad siempre triste, de castigar á los insolentes. No hablo por vos, don Tello; pues sin duda

conoceis ya que no habeis tenido razon.

—Quién? yo! por haber dicho que ibamos á presentar la batalla? No es cierto, señor, que vamos á marchar sobre el enemigo? dijo don Tello.

—Marchar al enemigo..... en este momento! exclamó Duguesclin; pero es imposible.

—No, querido condestable, dijo don Enrique, es tan posible que al ser del dia vendremos á las manos.

—Señor, seremos derrotados.

—Por qué?

—Por que la posicion que ocupamos es muy mala.

—No hay posiciones que valgan; aquí no hay mas que valientes y cobardes! exclamó don Tello.

—Señor condestable, dijo el Rey, mi nobleza solicita la batalla y yo no puedo negarle lo que me pide. Ha visto descender al príncipe de Gales; y si no avanzase se creeria que

trataba de retroceder.

— Por lo demas, respondió don Tello, el condestable es libre para estar-se quieto mientras nosotros combatimos.

— Caballero, respondió Duguesclin; yo haré todo lo que lagan los españoles y aun algo mas, porque notad bien lo que voy á deciros: Dentro de dos horas vais á atacar, no es así?

— Sin duda.

— Pues bien, dentro de cuatro hui-reis á escape por la llanura, delante del príncipe de Gales; mientras que yo y mis bretones permanecere-mos aquí, donde estamos, sin que un solo infante haya retrocedido un pie, ni ningun caballo reulado una línea. Quedaos, y lo vereis.

— Vamos, señor condestable, dijo Enrique, moderaos.

— Digo la verdad, señor. No que-reis presentar batalla?

— Si, condestable, lo quiero por-

que lo debo hacer.

—Sea pues!

Y volviéndose á los bretones les dijo:

—Hijos míos: va á darse la batalla. Así, pues, que todos se preparen... Todos estos valientes y yo, continuó hablando con Enrique, estaremos esta noche ó muertos ó prisioneros; pero lo primero es hacer lo que mandáis, y que se cumpla vuestra voluntad, con tanto mas motivo cuanto que yo solo puedo perder la vida ó la libertad, mientras que vos perdeis en ello un trono.

El Rey bajó la cabeza, y volviéndose á sus amigos, les dijo:

—Muy duro se muestra esta mañana con nosotros el buen condestable; sin embargo, haced vuestros preparativos, señores

— Con que es verdad que nos matan hoy á todos? dijo Musaron en voz bastante alta para que lo oyese

el condestable.

Este se volvió.

—Oh! Dios mio! es mucha verdad, buen escudero, dijo con una sonrisa; es la pura verdad.

—Es lástima! dijo Musaron tocándose los bolsillos llenos de oro; morir! y justamente en el momento en que íbamos á ser ricos y gozar de la vida.

CAPITULO XII

La batalla,

Una hora despues de la lúgubre reflexion del buen escudero , seguia Beltran llamaba á Musaron , la llanura de Navarrete se iluminó con un sol tan puro , tan tranquilo y brillante , como si en breve no debiese ser testigo de una de las batallas mas célebres que ensangrentaron los anales del mundo.

Cuando el sol apareció estaba la llanura ocupada por el ejército del

Rey Enrique dividido en tres cuerpos.

Don Tello; con su hermano Sancho, mandaba la izquierda á la cabeza de 20000 hombres.

Duguesclin mandaba la vanguardia que constaria de unos 18000 caballos.

Finalmente don Enrique mandaba en persona la derecha que se componia de unos 20000 caballos y 30000 infantes.

Tenia ademas una reserva de aragoneses bien montados, y mandados por los condes de Aigues y de Roquebertin.

Era el 3 de Abril de 1368.

El Rey Enrique montado sobre un excelente caballo, recorrió las filas de sus soldados, animando á los unos, elogiando á los otros, y representándoles sobre todo el peligro que corrian si llegaban á caer vivos en manos de don Pedro.

En cuanto al condestable perma-

necia frío y resuelto en su puesto. Enrique fue á abrazarle y le dijo:

Este brazo va á darme la corona para siempre. ¡ Que no fuera la del Universo! Yo os la ofrecería, pues es la única digna de vos.

En los momentos de peligro encuentran siempre los Reyes palabras semejantes para animar á los que necesitan; pero una vez pasado el peligro se lleva consigo las palabras como el huracan el polvo que halla al paso.

En seguida se arrodilló en el suelo para pedirle á Dios la victoria y todo su ejército lo imitó.

A este tiempo, se divisaron las primeras lanzas inglesas mandadas por Caverley, Lancastre y Chandos, que vinieron á tomar posición enfrente de Duguesclin, ansiando vengarse de la sorpresa que habian sufrido la noche anterior.

El principe de Gales y el Rey don

Pedro se situaron en frente de don Sancho y de don Tello.

El captal de Buch , Juan Graily, se dirigió al frente del Rey don Enrique de Trastamara.

Por toda exhortacion á sus soldados , el príncipe Negro conmovido á la vista de tantos millares de hombres , que iban á degollarse , derramó algunas lágrimas , y pidió á Dios no la victoria , sino ese derecho que es la divisa de la corona de Inglaterra.

Al punto retembló la llanura debajo de los pies de los caballos , y se oyó un ruido parecido al de dos truenos que ruedan al encuentro uno de otro.

Entretanto las dos vanguardias, compuestas de hombres resueltos y sobre todo experimentados, se adelantaban al paso.

Disipada la nube de flechas con que al principio de la accion se oscureció el aire, vióse á los caballeros

lanzarse los unos sobre los otros, combatiendo cuerpo á cuerpo y en silencio: este espectáculo era terrible y excitaba el valor de la parte del ejército que aun no habia entrado en lid.

El príncipe Negro sin poderse contener, se dirigió al galope al frente de su cuerpo contra la izquierda del ejército enemigo que mandaba don Tello.

Era esta la primera batalla campal á que asistia el jóven príncipe, quien al ver venir sobre sí á aquellos hombres, que eran tenidos por los mejores soldados, si se exceptúa á los bretones, tuvo miedo y retrocedió.

Sus caballeros al verlo retroceder, volvieron grupa, y en un instante se vió derrotada toda el ala izquierda, bajo el influjo de uno de esos pánicos, que sobrecojen de improviso hasta á los mas valientes.

Al pasar por delante de los bre-

tones que aunque al principio formaban la vanguardia, se hallaban á la sazón á retaguardia por el movimiento que habia hecho don Tello, éste precipitó la carrera y volvió la cara á otro lado.

Por lo que hace á don Sancho, hallando á su paso fija en él la mirada despreciativa del condestable, se detuvo; volvió cara al enemigo y quedó prisionero.

Don Pedro que iba al alcance de los fugitivos, con el príncipe de Gales, deseoso de no desperdiciar este primer triunfo, viendo el ala izquierda en derrota, se volvió al punto contra su hermano Enrique que luchaba tenazmente contra Capta! de Buch.

Pero atacado de flanco por 7,000 lanzas frescas, y orgullosas de su primer triunfo tuvo que replegarse.

En medio del choque de los aceros, de los relinchos de los caballos, y de los gritos de furor de los combatientes, sobresalia la voz de

don Pedro que gritaba: no haya cuartel para los rebeldes! no haya cuartel! Y al mismo tiempo repartía á diestro y siniestro golpes furibundos con una hacha dorada, que desde el mango hasta el filo estaba teñida de sangre.

Mientras tanto, alcanzada la reserva por Olivero de Clison y el señor de Retz, era arrollada y puesta en desordenada fuga. El único cuerpo que se mantenía firme y que no había retrocedido un paso era el de los bretones mandados por Duguesclin. Contra este peñasco de hierro venían á estrellarse los batallones vencedores.

Duguesclin dirigió una rápida mirada á la llanura y vió huir en todas direcciones á 30000 soldados; y al enemigo ocupando el sitio en que poco antes se veían sus amigos y aliados. Entonces comprendió que no le quedaba otro recurso que morir haciendo todo el daño que pudiese á

sus enemigos.

A poca distancia de él habia un trozo de muralla de una ciudad destruida. Dos compañías de ingleses le separaban de este apoyo, que una vez ganado, quedaba á cubierto por la espalda. Al punto dió sus órdenes al efecto y las dos compañías inglesas quedaron destruidas, y los bretones apoyados en la muralla.

Al verse allí Beltran estrechó sus filas, y respiró un instante.

El tartamudo de Vilaines y el mariscal de Anduchan se hallaban á su lado, y Agenor cuyo caballo habia muerto en la refriega, aguardaba el caballo de mano que le traia Musaron.

—Y el Rey, preguntó el condestable en aquel momento de tregua; ha muerto? ha huido?

—No señor, dijo Agenor; vedle que se replega hácia nosotros.

Don Enrique, en efecto, cubierto de sangre enemiga que corria mezcla-

da con la suya , rota de un hachazo la corona de su casco , casi ostigado y cercado por todas partes , retrocedia , siempre con la cara vuelta al enemigo ; y buscaba el apoyo de su fieles aliados los bretones , sobre los cuales atraia la nube de ingleses , que como cuervos codiciaban aquella rica presa.

Beltran mandó á cien hombres que fuesen á sostener á don Enrique y le desembarazasen de sus enemigos.

Cayeron estos cien hombres sobre 10000 , se abrieron paso y formaron en torno del príncipe un círculo , dentro del cual pudo respirar don Enrique.

Al punto mudó este de caballo tomando el de su escudero , arrojó el casco que tenia abollado á golpes , tomó otro de las manos de un page , se aseguró que la hoja de su espada estaba firme en la empuñadura , y se precipitó de nuevo en la pelea gri-

tando :

—Amigos míos! me habeis hecho Rey, y ya veis si soy digno de serlo.

Viéronle entonces levantar la espada cuatro veces y á cada golpe caer un enemigo en tierra.

—Al Rey! al Rey! gritó el condestable; salvemos al Rey!

En efecto, ya era tiempo de que se le auxiliase, pues los ingleses se cerraban sobre don Enrique, el mar sobre el nadador. Iba ya á caer en su poder; cuando llegó el condestable.

Cogióle Beltran de un brazo, y poniendo algunos bretones entre el enemigo y el Rey, dijo á este:

—Basta ya, pues lo demás seria una locura! Bastantes pruebas de valor habeis dado hoy. Ahora que la batalla está perdida solo debeis procurar poneros en salvo; á nosotros nos toca morir para proteger vuestra retirada.

El Rey se negaba á ello , mas á una seña de Beltran cuatro bretones se apoderaron de don Enrique de Trastamara.

—Ahora esclamó el condestable, Ntra. Sra. Guesclin ! al enemigo ! al enemigo !

Y enristrando su lanza con la gente que le quedaba , aguardó el choque de 30000 ginetes , choque espantoso que al parecer debia derribar hasta el liezo de muralla en que se apoyaban aquellos valientes.

—Ahora si que debemos despedirnos, dijo Musaron enviando al enemigo la última ballesta que le quedaba. Ah ! señor Agenor , mirad detras de los ingleses á los malditos moros.

—Es verdad ! adios , querido Musaron , dijo Agenor , que ya habia montado á caballo y se dirigia al lado del condestable.

La nube de hombres llegaba rugiendo y próxima á estallar : á tra-

ves del polvo que levantaban solo se divisaba un bosque de lanzas colocadas horizontalmente.

Pero de improviso, y á riesgo de ser estrellado entre dos masas, se precipitó en el espacio que todavia quedaba vacio, un caballero de negra armadura, casco negro, corona negra y que tenia en la mano un baston de mando.

—Deteneos! gritó el caballero Negro levantando el brazo, quien dé un paso mas es muerto.

Al oir esta voz poderosa, todos los caballos retrocedieron.

Entonces el príncipe, solo en el espacio que habia permanecido libre, y con esa tristeza peculiar, de la cual le ha formado una aureola la posteridad, miró á aquellos intrépidos bretones prontos á desaparecer bajo el esfuerzo del número.

—Buenas gentes, les dijo; valientes caballeros; yo no quiero que morais así: mirad: qué poder hu-

mano seria capaz de resistir?

Y dirigiéndose á Duguesclin hácia el cual dió un paso saludándole, continuó:

—Entregadme á mí vuestra espada, buen condestable; yo os lo ruego.

Duguesclin era hombre que comprendia la verdadera generosidad, y la del príncipe le conmovió.

—Es un leal caballero el que me habla, dijo; y yo comprendo el inglés cuando se habla así:

Y bajó la espada.

—A la voz de su príncipe se adelantaron los ingleses con lanzas bajas sin precipitacion y sin cólera.

El condestable tomó su espada por la hoja.

—Ya iba á entregarla al príncipe, cuando se presentó de pronto don Pedro cubierto de sangre, con la armadura rota, y su caballo cubierto de espuma.

Habia abandonado á los que uiaha

para ayudar á destruir los que se resistian aun.

—Como! exclamó precipitándose sobre el condestable; como! vais á dejar la vida á esta gente! Mientras vivan no podremos decir que somos los señores. No, no haya cuartel! Mueran! mueran!

—Ah! este es una bestia feroz, exclamó Duguesclin, y como tal morirá.

Y al ver al príncipe que caia sobre él, levantó la espada por la punta, y descargó con el puño tal golpe sobre la cabeza de don Pedro, que éste cayó sobre la grupa de su caballo aturdido y medio muerto.

Duguesclin volvió á levantar su terrible azote.

Pero al precipitarse hácia el príncipe habia dejado un espacio libre detras de él, por el cual se habian deslizado dos ingleses, que al levantar el condestable la espada, le co-

jieron el uno por el casco y el otro por medio del cuerpo.

—Señor cendestable, gritaron ambos, rendios ó sois muerto.

Beltran levantó la cabeza, y fuerte como un toro bravio arrancó de la silla al ingles que le habia cogido su casco, mientras que deslizado la punta de su espada á traves de la garganta del ingles que le tenia abrazado por el cuerpo, le hizo pagar con su vida la amenaza. Pero otros cien ingleses cayeron sobre él, prontos á descargar cada uno un golpe sobre el gigante!

—Veamos! gritó el príncipe Negro con voz atronadora; veamos quien se atreve á tocarle con un dedo.

Al punto los mas encarnizados dieron un paso atras y Duguesclin se vió libre.

--Basta, príncipe, dijo; mi espada os pertenece por dos veces, y declaro que sois el vencedor mas generoso del mundo.

Y alargó su espada al príncipe.

Agenor iba á dar la suya.

— Estais loco? le dijo Beltran, tenéis un buen caballo fresco: huid, llegad á Francia y decid al buen Rey Cárlos que estoy prisionero. Si acaso no quisiese hacer nada por mí, pasad á ver á mi hermano Olivero, y ese hará cuantos esfuerzos son imaginables para salvarme.

— Pero, señor... objetó Agenor.

— Nadie repara en vos, partid, yo lo mando.

— Alerta! alerta! dijo Musaron, que nada deseaba mas que verse libre. Aprovechémonos de nuestra pequeñez é insignificancia, y es seguro que nos haremos grandes.

Efectivamente, los ingleses se disputaban al Tartamudo de Vilaines, al mariscal y á los demas gefes, codiciosos del rescate que alcanzarian de cada uno de ellos. Agenor se deslizó, pues, sin ser vis-

to, Musaron lo siguió, y ambos se alejaron á galope, bajo una lluvia de flechas, con que les saludaron, aunque demasiado tarde, Caverley y Mothril.

CAPITULO XIII.

Despues de la batalla.

El número de los prisioneros hechos en esta jornada habia sido muy considerable.

— Los vencedores contaban y adicionaban los hombres como se cuentan los sacos de escudos rotulados.

Ademas de Caverley y del Caballero Verde, varios aventureros franceses se distinguian en esta laudable ocupacion, que consistia en despojar

á los prisioneros , despues de haber apuntado minuciosamente en un registro , su nombre , apellido , títulos y grados.

Por esto se ve que los vencedores habian hecho sus lotes de prisioneros. Beltran Doguesclin formaba el del príncipe de Gales quien lo habia confiado á la guarda del Captal de Buch.

Juan de Grailli se aproximó á Beltran , y tomándole la mano comenzó á quitarle muy lindamente sus manoplas , interin sus escuderos le desembarazaban de las demas piezas de su armadura.

Beltran no se movió , pues viendo que no usaban con él de ninguna violencia , siguió contando y recontando á sus amigos , y suspirando cada vez que echaba de menos á alguno.

— Valiente condestable , le dijo Grailly ; os acordais cuando caí prisionero en vuestro poder , en la accion de Cocherel ? Mirad cuan incons-

tante en la fortuna , hoy os ha tocado á vos ser el mio.

— Oh ! oh ! dijo Beltran , os equivocais ; caballero ; en Cocherel os hice yo prisionero , en Navarrete , sois solo mi guardian.

Juan de Grailly se puso encendido de cólera , pero tal era el respeto que se tenia entonces á la desgracia , que no profirió ninguna palabra ofensiva.

Duguesclin se sentó al borde de un foso , é invitó al Tartamudo de Vilaines , á Andrehan y los demas , á que se le aproximasen , porque el príncipe de Gales acababa de mandar se tocase á llamada para reunir á sus soldados.

— Ahora van á orar , dijo el condestable el príncipe es tan valiente como religioso. Oremos tambien nosotros.

— Para dar gracias á Dios porque os ha salvado ! dijo el Tartamudo.

— Y para pedirle la revancha !

replicó Beltran.

En efecto , despues de haber dado gracias á Dios por la gran victoria que habia alcanzado , el príncipe de Gales llamó á don Pedro que dirigia feroces miradas á todas partes , y que ni siquiera habia doblado la rodilla un instante , distraido en siniestra contemplacion.

—Ya estais victorioso , le dijo el príncipe Negro, y sin embargo habeis perdido una gran batalla.

—Como ? exclamó don Pedro.

—Bien puede llamarse Rey vencido el que solo recobra la corona deramando la sangre de sus súdditos.

—La sangre de rebeldes exclamó don Pedro.

—Ya veis como Dios los ha castigado por haberos abandonado. Mas temblad no os castigue como á ellos si abandonais á todos aquellos que pone bajo vuestro amparo.

—Señor ! murmuró don Pedro inclinándose ; conozeo que os debo la

corona , pero por favor , añadió poniéndose pálido de cólera y de vergüenza , no seáis menos misericordioso que Dios... no me lastimeis mi corazón puesto que os suplico.

Y puso una rodilla en tierra. El príncipe Eduardo lo levantó.

— Dad gracias á Dios , le dijo ; á mi nada me debéis.

En seguida le volvió el príncipe la espalda y entró en su tienda para tomar algun alimento.

— Hijos míos , exclamó Don Pedro soltando al fin , las riendas á su feroz deseo , despojad á los muertos ; para vosotros es todo el botin de la jornada !....

Y montando sobre un caballo que le habian presentado recorrió toda la llanura , inspeccionando los cadáveres , y dirigiéndose con preferencia á orillas del arroyo donde don Enrique de Trastamara habia combatido al Captal de Buch.

Al llegar aquí se bajó del caballo,

y pisando un suelo lleno de sangre, empezó á registrar silenciosamente los cadáveres.

—Estais bien seguro, le dijo, al fin, á Grailli, de haberle visto caer!....

—Sí, respondió el caudillo; su caballo cayó muerto, herido con la hacha que lanzó mi escudero con una habilidad sin igual.

—Pero y él, y él!..

—El desapareció bajo un nublado de flechas. Yo vi sus armas llenas de sangre, y que cayó sobre él una montaña de cadáveres.

—Bien! bien!... Busquemos, respondió don Pedro con un gozo feroz.... Ah! allí se ve una cimera de oro.

Y con la agilidad del tigre saltó sobre los cadáveres, separando á todos los que cubrian el que tenia la cimera dorada.

Con mano temblorosa, y ojos dilatados levantó la visera del casco.

—Su escudero ! dijo , nada mas que su escudero !

—Pues estas son las armas del príncipe, dijo Grailli ; verdad es que no tiene corona en el casco.

—Burlado ! burlado !.... el cobarde daría al escudero sus armas para huir con mas seguridad.. Pero todo lo tenia previsto, continuó habia mandado cercar la llanura , y no ha podido atravesar el rio... Mirad allí vienen mis fieles moros con nuevos prisioneros.... seguramente viene entre ellos.

—Seguid buscando entre los demas cadáveres, dijo Grailli á los soldados, y sabed que se darán 500 pesos al que le presente vivo.

—Y mil ducados al que lo encuentre muerto ! añadió don Pedro. Nosotros vamos á salir al encuentro de los prisioneros que conduce Mothril.

Montó de nuevo don Pedro á caballo , y seguidos de muchos caballeros ansiosos de ver la escena que se pres-

paraba , se dirigió hácia los límites de la llanura , en donde se veia un cordón de moros con sus trages blancos que traian por delante á una tropa de fugitivos que habian alcanzado á lo lejos.

— Me parece que le veo allí ! exclamó don Pedro.

Cuando pronunció estas palabras pasaba justamente por delante de los bretones prisioneros. Oyólo Duguesclin , y levantándose , registró con mirada escudriñadora toda la llanura.

— Oh Dios mio ! dijo , qué desgracia.

Estas palabras parecieron á don Pedro la confirmacion de la dicha que aguardaba y para saborearla mejor , y á la vez anonadar al condestable , dijo deteniéndose:

— Parémonos aquí... Vos , senescal , mandad á decir á Mothril que se apresure en llegar con sus prisioneros aquí donde me hallo... en fren-

ta de estos señores bretones , amigos fieles del usurpador , del vencido !... campeones de una causa que en nada les interesaba , y que no han sabido hacer triunfar.

A estos sarcasmos , á este furor vindicativo , indigno de un hombre , y mas particularmente de un Rey , el héroe breton se condujo como si no los hubiese oido.

Se habia vuelto á sentar , y así permaneció hablando de cosas indiferentes con el mariscal de Andreham.

Entretanto don Pedro se habia apeado ; apoyábase en una larga bancha , y mientras que con una mano acariciaba el puño de su daga , daba con el pie patadas de impaciencia , como si hubiese querido apresurar así la llegada de Mothril y de los prisioneros.

Antes que se pudiese oir su voz , gritó el moro.

—Vamos á ver valiente sarrace-

no , bravoalcon blanco, qué caza me traes.

— Buena , señor , contestó el moro , mire V. A. esta bandera.

Traia , en efecto , arrollado al brazo un pedazo de tela de oro, que tenia bordadas las armas de Trastámara.

— De suerte que es él ! exclamó don Pedro con frenética alegría, es él !

Y su gesto amenazaba y señalaba á un caballero que se aproximaba armado de pies á cabeza , con una corona en la cabeza , pero sin espada, sin lanza , atado , con un cordon de seda , de cuyos cabos pendia una gruesa bala de plomo.

— Al verle huir , dijo Mothril señalando al prisionero , lancé en su persecusion veinte caballos del desierto: mi gefe de arqueros le dió alcance y quedó herido mortalmente; lo envolvió en los nudos de la cuerda y cayó con su caballo : tenia su

bandera en la mano. Por desgracia se ha escapado uno de sus amigos mientras él se defendía solo.

—Abajo la coroua! abajo! gritó D. Pedro blandiendo su hacha.

Aproximóse un arquero, y cortando los lazos de la gola hizo saltar brutalmente de la cabeza del prisionero el casco de la corona de oro.

Un grito de espanto y de rabia se escapó de la boca del Rey que fue contestado por otro de alegría que partió del grupo de los bretones.

—El bastardo de Mauleon! esclamaron, viva! viva!

—El embajador!..... Maldicion! murmuró D. Pedro.

—El frances! balbució Mothril en rabia.

—Sí! yo! dijo simplemente Agenor, saludando con una mirada á Beltran y á sus amigos.

—Nosotros! dijo Musaron que aunque estaba algo pálido repartía puntapiés á los moros que pillaba á tiro,

—De modo que se ha salvado! dijo don Pedro.

—Ay Dios mio! si señor, replicó Agenor. Yo tomé el casco de S. M., y en cambio le dí mi caballo que estaba fresco.

—Tu morirás! ahulló D. Pedro ciego de rabia.

—Tocadle si os atreveis! exclamó Beltran dando un salto terrible y cayendo entre Agenor y don Pedro. ¡Matar á un prisionero desarmado! oh! sereis tan cobardes como todo eso?

—Entonces, miserable aventure-ro! tú morirás en su lugar dijo don Pedro temblando y echando espuma por la boca.

Y con la daga levantada se precipitó sobre Beltran, quien cerró el puño como si hubiese querido aplastarlo de un puñetazo.

Mas al mismo tiempo sintió don Pedro que le ponian una mano sobre el hombro, parecida á la de

Minerva cuando en Homero coje á Aquiles por los cabellos.

— Deteneos! dijo el príncipe de Gales, vais á deshonraros, Rey de Castilla! Deteneos y tirad la daga, yo lo quiero!

Su nervudo brazo habia clavado á don Pedro en el sitio.

— Vendédmelo al menos! vociferó furioso; lo pagaré á peso de oro.

— Me insultais replicó el príncipe Negro; mas, cuidado con lo que decís; bien sabeis que soy hombre capaz de pagaros por Dugesclin si estuviese en vuestro poder, lo que pesase en pedrería; y me lo venderiais, estoy seguro. Pero acordaos que me pertenece! Atras!

— Rey! dijo Dugesclin, costando no poco trabajo el contenerlo; Rey malvado! que asesinas á tus prisioneros, ya nos veremos otra vez!

— Lo creo! dijo don Pedro.

Asi lo espero, repuso Beltran.

— Conducid al condestable de Fran-

cia á mi tienda, dijo el príncipe Negro.

—Perdonad, señor, dijo Duguesclin; ¿dajaremos al bastardo de Mauleon con el Rey? lo degollaría!

—No digo que no., replicó don Pedro con feroz sonrisa, pero creo que este me pertenece.

Duguesclin se estremeció y miró al príncipe de Gales.

—Señor, dijo este á don Pedro, no morirá hoy un solo prisionero.

—Lo que es hoy ya lo veo bien! respondió don Pedro lanzando á Mothrill una mirada de inteligencia.

—Ha sido un dia muy hermoso de victoria, no es verdad? continuó el príncipe de Gales.

—Seguramente, señor.

—Y creo que me concedereis el favor que os pida.

Don Pedro se inclinó.

—En su consecuencia, os pido este jóven, dijo el príncipe.

Un profundo silencio acompañó á

estas palabras, á las cuales don Pedro, pálido de cólera, no contestó al punto.

—Oh, señor! dijo, al fin, bien me dais á conocer que sois el dueño... perder mi venganza!...

—Entonces si soy el dueño, exclamó el príncipe Negro indignado, mando que se desate á ese caballero y se le devuelvan sus armas y caballo!....

—Viva! viva el buen príncipe de Gales! exclamaron los caballeros bretones.

—Désenos siquiera lo que merezea su rescate, dijo Mothril para ganar tiempo.

El príncipe miró al moro con desprecio.

—En cuanto apreciáis la libertad de este caballero?

Nada respondió el Moro.

El príncipe se quitó del pecho una cruz de diamantes y se la alargó á Mothril.

—Toma , infiel ! le dijo.

Mothril , asustado , bajó la cabeza é invocó el nombre del profeta.

—Caballero , dijo el príncipe á Mauleon ; estais libre ; volvereis á Francia , y allí anunciareis que contento el príncipe de Gales de haber tenido el honor de poseer á la fuerza duraute una temporada , al caballero mas temible del mundo , dará libertad á Beltran Duguesclin tan luego como concluya la campaña , y lo enviará á Francia sin exijirle rescate alguno.

—Sí , eso es , dad limosna á esos pordioseros de Francia ! balbució don Pedro.

Beltran lo oyó.

—Señor , dijo al príncipe ; no seais generoso conmigo , pues vuestros amigos harian que me ruborizase. Pertenezco á un dueño que pagaría diez veces mi rescate , si por diez veces me dejase prender , y me estimase en cada una tanto como puede valer un Rey.

—En ese caso fijad vuestro rescate dijo el príncipe con cortesía.

Beltran reflexionó un momento.

—Señor, le dijo, yo valgo setenta mil florines de oro.

—Alabado sea Dios! esclamó don Pedro, el orgullo le pierde! Ni en Francia, ni en las arcas del Rey Carlos V. hay esa cantidad.

—Posible es, dijo Beltran, mas puesto que el caballero de Mauleon vuelve á Francia, tendrá á bien, acompañado de un escudero, el recorrer la Bretaña, y deteniéndose en cada ciudad, en cada pueblo y en cada aldea, gritar estas palabras: Beltran Duguesclin es prisionero de los ingleses!..... Hilad, mugeres de Bretaña, pues de vosotras aguarda su rescate!.....

—Os juro que lo haré! esclamó Mauleon.

—Y estad seguro de que traereis dicha cantidad á S. A., antes que tenga lugar de fastidiarme aquí; lo

que por lo demas me parece difícil estando en compañía de príncipe tan generoso, aun cuando mi cautividad debiese durar toda mi vida.

El príncipe de Gales alargó su mano á Beltran.

—Caballero, dijo á Mauleon, os habeis conducido en esta jornada como un soldado leal. Salvando á don Enrique de Trastamara nos habeis quitado la gran ganancia de la batalla, pero no por eso os guardamos rencor, puesto que nos abris la carrera de nuevos combates. Tomad esta cadena de oro y esta cruz que no ha querido el infiel.

Al concluir estas palabras notó que Don Pedro hablaba á Mothril en voz baja, y que este le contestó con una mirada, cuya significacion hizo concebir á Duguesclin serios temores.

—Que nadie se mueva de aquí, dijo el príncipe. Castigaré con pena de muerte al que sea osado á traspasar el recinto de mi campamento... bien

sea gefe. . príncipe.... Rey !... Chandos , añadió dirigiéndose á este guerrero , sois condestable de Inglaterra, y como caballero valiente y leal acompañareis al señor de Mauleon hasta el primer pueblo, y le dareis el salvo conducto necesario.

Desanimado Mothril por esta inteligente y perseverante interpretación de sus odiosos pensamientos miró á don Pedro con tristeza.

Don Pedro devoraba en silencio su cólera y su humillacion... no podia vengarse.

Agenor dobló una rodilla ante el príncipe de Gales , y fue á besar la mano de Duguesclin , quien le estrechó entre sus brazos diciéndole en voz baja:

—Anunciad al Rey que nuestros devoradores se han degollado , que van á descansar un poco, y que si me envia mi rescate los llevaré adonde le he prometido. Decid á mi muger que venda nuestro último pedazo de

tierra , pues voy á tener que rescatar á muchos bretones.

Agenor , enternecido , montó sobre un buen caballo , se despidió por última vez de sus compañeros y partió.

Musaron le siguió diciendo en voz baja.

—¿Quién me habia de haber dicho que habia de querer mas á un ingles que á un moro ?

FIN DEL TOMO QUINTO.

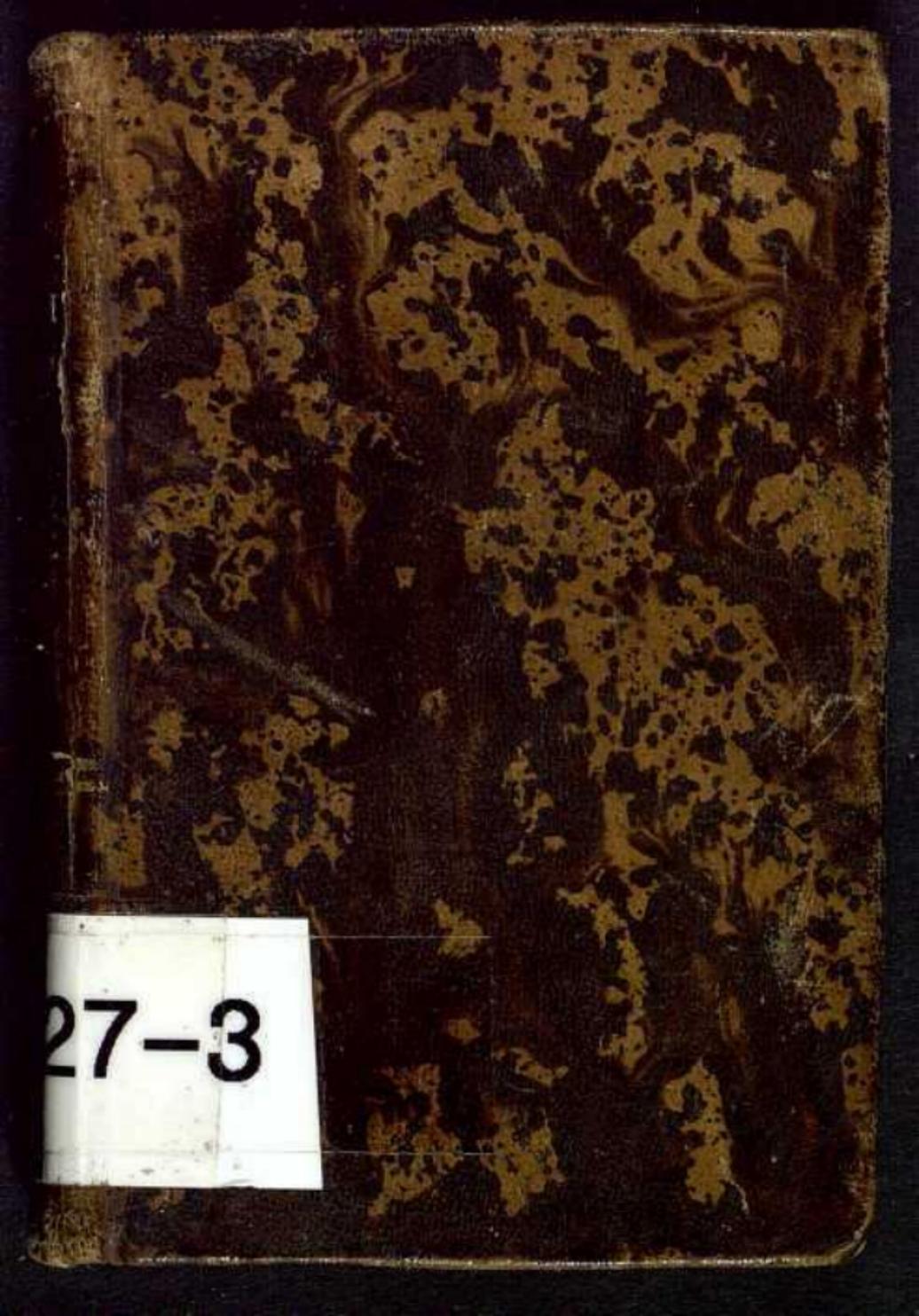


INDICE.

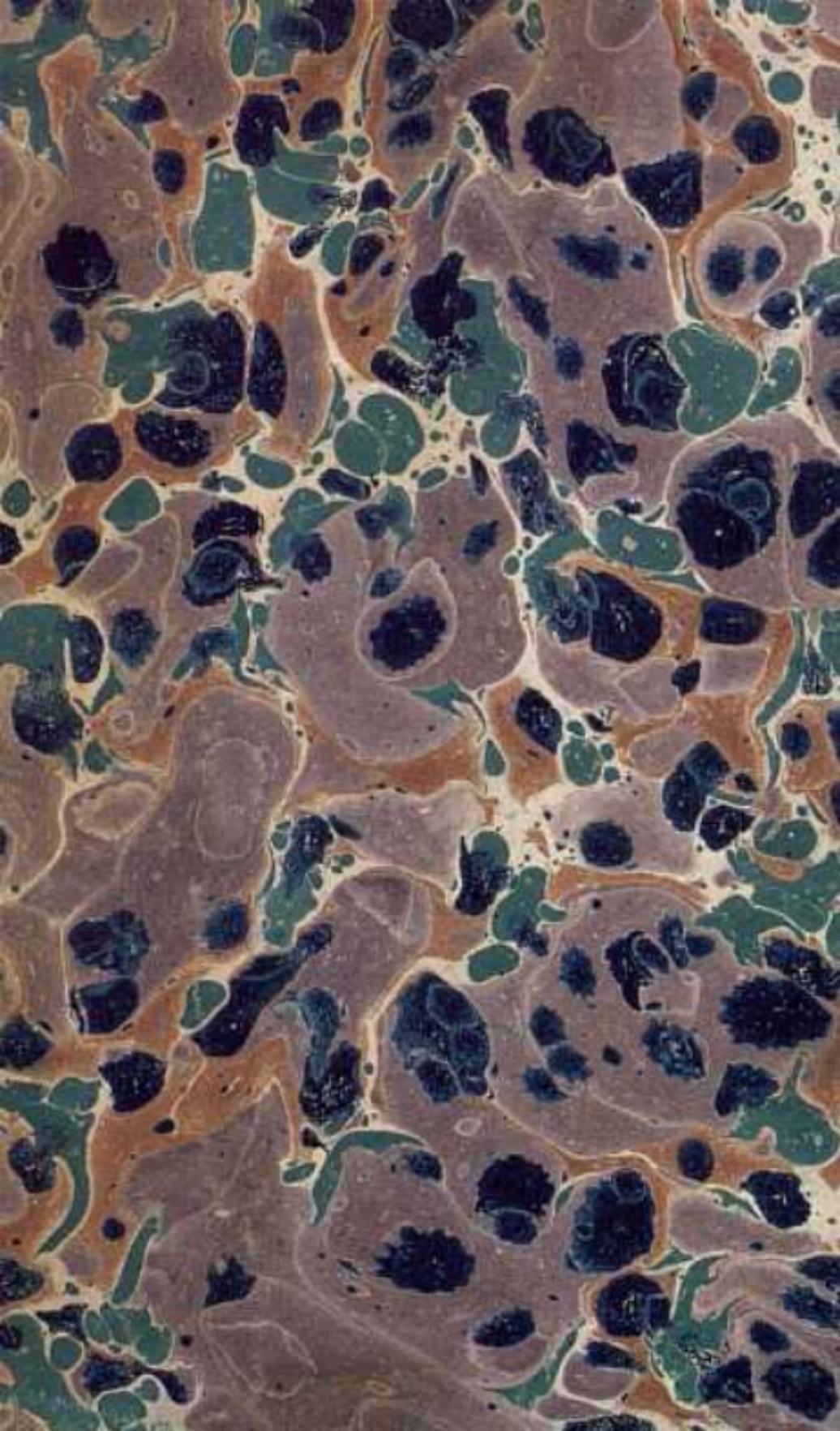
DEL TOMO QUINTO.

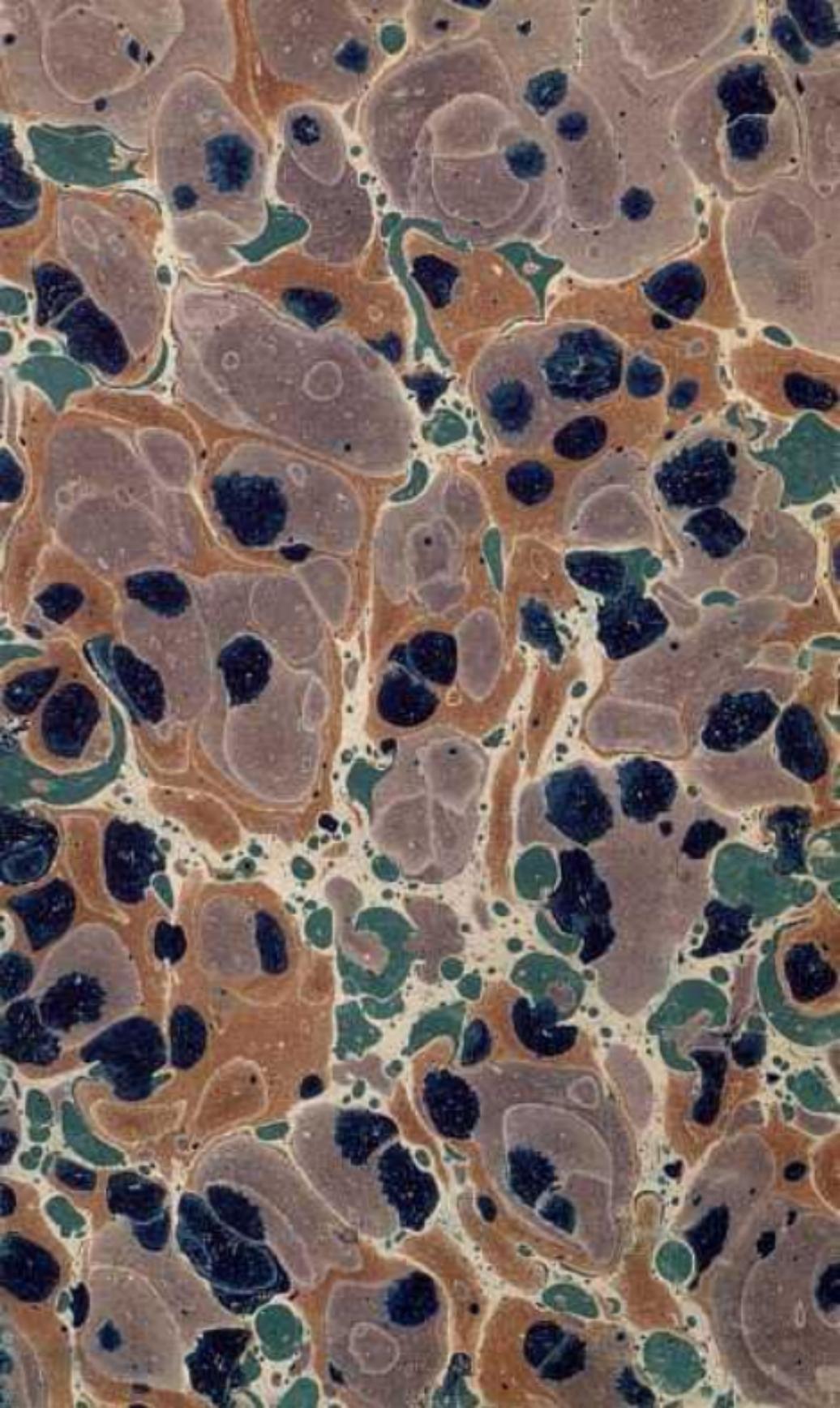
- | | |
|--|-----|
| I. De la platica que tuvieron Agenor y Musaron, caminando por la sierra de Aracena... | 5 |
| II. De como encontró Musaron con una gruta, y de lo que habia en ella. | 22 |
| III. Los gitanos. | 36 |
| IV. La Reyna de los gitanos... | 52 |
| V. En el que se refiere como Agenor y la Viagera desconocida caminaron juntos, y las cosas que se dijeron durante el camino. | 68 |
| VI. El page. | 81 |
| VII. El ramo de azahar. | 95 |
| VIII. La Audiencia.. . . . | 109 |
| IX. La cita. | 128 |
| X. La entrevista. | 153 |

XI.	Los preparativos de la batalla.	168
XII.	La batalla.	185
XIII.	Despues de la batalla.	202

The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a marbled pattern in shades of brown, tan, and black. The pattern consists of irregular, swirling shapes. The book's spine is visible on the left side, showing some wear and a small metal fastener near the bottom. A white rectangular label is affixed to the lower-left corner of the cover, featuring the number '27-3' printed in a bold, black, sans-serif font.

27-3







EL BASTARDO
de
NAULEON.



V.



